

ASALTO
DE
BOCAS DEL TORO

POR EL GENERAL
CATARINO ERASMO GARZA

CON SU RETRATO

RELACIÓN HISTÓRICA

ESCRITA POR

DONALDO VELASCO



BOGOTÁ
TIPOGRAFÍA SALESIANA.
1896.

5
2.872879
31 a.5



CATARINO E. GARZA.

ASALTO
DE
BOCAS DEL TORO

POR EL GENERAL
CATARINO ERASMO GARZA

CON SU RETRATO
—
RELACIÓN HISTÓRICA
ESCRITA POR
DONALDO VELASCO



BOGOTÁ
Tipografía Salesiana.
1896.

Res
972.872879
V231
e.5



PROLOGO.

Sin las continuas exigencias de varios amigos, no me habría atrevido nunca á dar al público esta corta relación de los acontecimientos de Bocas del Toro, durante la pasada contienda.

Sin pretensión de ningún género, he procurado describir todo lo ocurrido, tratando siempre de moderar mis propios sentimientos, para que, cuando la historia, calmosa y fría, se encargue del análisis de estos tiempos, halle un documento mediano que pueda conducirla á la verdad desnuda.

Creo ser sincero, mas no imparcial, como dice Timón en una de sus biografías; no obstante, no ha sido tarea fácil, hoy que en Colombia como en toda la América Latina, cada cerebro es un volcán, en donde se desatan las tempestades políticas con ímpetu desahogado.

Perteneciendo los protagonistas á doctrinas contrarias, he procurado, antes de dár fallo, detenerme sobriamente en los caracteres, tendencias y resultados, atemperando con la reflexión mis naturales inclinaciones.

Los incidentes intercalados no tienen más valor en el relato, que las penumbras que rodean un cuadro, y las observaciones que se me escapan, son únicamente los gritos de mi alma al contemplar esta patria, con tanto motivo para ser dichosa, tan desgarrada por las pasiones de sus propios hijos.

Quizá sea yo de los más errados, talvez no; pero el lector imparcial verá, juzgará y perdonará los yerros, en gracia de mi buen deseo.

VELASCO.



ASALTO DE BOCAS DEL TORO.

ANTECEDENTE.

Promedia el año de 1894. El animado case-río de Bocas del Toro, cuya fuente vital estri-ba en la agricultura, bullía y se agitaba de un extremo á otro con la noticia de que un caba-llero venezolano acababa de llegar con el noble fin de fomentar, en nombre de una compañía anónima, los ramos agrícolas del banano, del café y del cacao siempre que y cuando, después de previo examen, los terrenos se prestaran para éllo.

Hallábase hospedado en la botica del médico cubano doctor G...

Sin prevención de ninguna clase pasó una mañana por aquel establecimiento y se ofreció la oportunidad de que el doctor, muy amigo mío, me presentase el caballero aludido.

Díjome su nombre, en el cual muy poco cui-dado puse, y después de los cumplimientos de usanza entramos en una corta conversación sobre su misión. Hablamos algo sobre agricul-tura, y con notable calor trató de la fecundidad de aquel suelo y del gran porvenir que ence-rraba esa región, si todos sus planes se veri-ficaban.

Retiréme después, y, ofreciéndole nuevamente mis respetos, seguí adelante á evacuar mis diligencias.

Pequeño de cuerpo, moreno, frente despejada, ojos vivos, fisonomía agradable, de brillante expresión y fácil, *á priori* se simpatizaba con él y más al considerar que en él se encerraba el rico y deseado porvenir de ese pedazo de Colombia á quien todo colombiano ama después de haberlo habitado algunos días.

Por la tarde volví á llegar á la botica, y como fuese de aquellas horas en que el sol ardiente se esconde y la brisa invita á tomar algo de su frescura, el doctor, el caballero y yo tomámos sendas sillas, nos salimos á la calle, formámos el triángulo y nos dispusimos á echar un párrafo de conversación.

El tema dominante fué la agricultura, y habiéndome deslizado yo á la política, como en estos tiempos suele acontecer, noté que con magistral blandura hizo un esguince amparándose en el General Crespo, y dobló la hoja.

De la política colombiana no pronunció una sola palabra. Llegada la noche, nos separamos con la amabilidad característica de personas educadas.

Tres días después se presentó á mi pieza el teniente de policía M... y me dijo:

—¿ Ha tratado al caballero venezolano?

Sí, le contesté.—Pues sepa que no es Bonnet ni tal venezolano — Ah! — Averigüe; tengo indicios de que es un cabecilla revolucionario.

Efectivamente, después de indagatorias es-

crupulosas, supimos que era Francisco Pereira Castro, que venía al lugar con fines muy distintos de los de agricultura.

El Teniente M. lo descubrió, y tan luego como Pereira comprendió su situación, se puso en camino sin haber hecho nada por la Agricultura, aunque sí visitó minuciosamente todos los vecinietos importantes de la Isla.

Al tiempo de despedirse del doctor G., díjole: « Doctor: estoy muy agradecido de sus atenciones; no le he dicho mi nombre verdadero, más tarde sabrá usted quién soy. »

Durante su estadía en Bocas, casi nunca habló personalmente con los cabecillas radicales establecidos en el lugar. Tenía el mayor cuidado en no despertar sospechas. Ante el público eran casi desconocidos.

No obstante tales apariencias, se comunicaban y entendían por mediums á propósito, pagados por el Gobierno: eran empleados públicos.

El Teniente M. lo conoció y lo dijo: y yo, en un artículo que publiqué en *El Telegrama* de Noviembre, hice notar lo inconveniente de que el Gobierno dé sangre y vida á sus enemigos.

Nunca me perdonarán éstos esa declaración, y si el día que llegó á Bocas el número de aquel periódico hubiese estado yo presente, quizá ocurre un conflicto.

¡ Se les sorprende infragante, confiesan su delito matizándolo con colores de virtud, y si se les demuestra que eso es felonía, se aíran !

Nada agradecen, y la generosidad del Gobierno que les da un pan, interpretanla por tor-

peza ó por debilidad. Dicen que no tiene personal el partido conservador, que está obligado á emplear inteligencias enemigas y que en la necesidad no hay favor.

Todavía hay muchos, á pesar de la tempestad pasada, porque el sistema de concatenación de sangre, de preferir meollos reblandecidos, ó enemigos competentes para traicionar, sin escoger mas méritos que el parentesco, no puede producir los resultados que se necesitan para la unificación del partido y la perfección de las doctrinas.

Ese es el gran mal que nos daña; al través de influencias de familia se infiltran miembros que á la larga pueden perjudicarnos.

Sobre el interés ó intereses de una familia consanguínea están los de la gran familia social y política: su conservación es antes que todo y sobre todo.

La generosidad tiene su tiempo y sus límites; aquél principia con la solidez de las instituciones, éstos acaban donde empieza el peligro.

Pero volvamos á nuestra narración. Poco tiempo después llegó al lugar otro individuo, también entusiasta por la agricultura; parece que tenía la misión de aunarse á un Coronel, empleado en una finca, estudiar el terreno y devolverse después.

Como no trajera recursos, solicitólos de sus correligionarios, y como no se los diesen se disgustó y habló.

Esta fué la coyuntura que se nos ofreció

para obtener una carta del General Catarino Erasmo Garza para el Coronel G.

En élla recomendaba al portador y trataba de la celebración de un carnaval para los primeros meses del año entrante.

Dicha carta fué enviada por conducto del Comandante de policía de Colón al señor Gobernador de Panamá, y en la misma embarcación dí pasaje al recomendado, quien parece habló ante aquel mandatario.

Era espía del comité revolucionario situado en Limón, de cuyo puerto se trasladó éste más tarde á Nicaragua, por ser adversario ú hostil al Gobierno del señor Iglesias.

Acudían á ese comité hijos y sobrinos de Bocas del Toro y ofrecían generosamente al partido liberal su contingente de hombres y dinero.

Más tarde, cuando el golpe fracasó, resultaron todos purísimos corderos, ¡almas inocentes!

PRIMEROS PASOS.

Como se ha visto, desde mediados del 94 la situación del país se agriaba y el horizonte político se encapotaba con densos nubarrones: las ambiciones bastardas no cesaban en su afán de desquiciar el Gobierno constituido. Se mejábanse á las aguas de naciente río: día y noche arrastrando moléculas de arena para ampliar su cauce.

Mi mayor anhelo era, para cuando la tempestad se desatase, tener esa región incipiente en su comercio y de gran horizonte, vinculada íntimamente con Colón y en cierto modo defendida.

Los señores Wilson, Hein, Filtzgerald y Finke me habían ofrecido conseguirme una lancha de vapor, de buenas condiciones de andar en cambio de cinco años del derecho de tonelada, para el servicio del Gobierno.

Con tal fin escribí notas y notas sin obtener ningún resultado práctico.

Parte por este objeto, y por diligencias propias, salí de Bocas para Bogotá el 26 de Noviembre en el vapor nicaragüense *Presidente Cáraxo*.

El 1.º salí de Colón, y el 2, á las dos p. m., me hallaba en Cartagena.

Cinco años largos hacía que no veía esta ciudad. A pesar de los impulsos dados al país por el nuevo Gobierno, el año 90, cuando la visité por primera vez, no me pareció una población de atractivo. Igual cosa juzgué de otras del camino hasta Bogotá.

Aún el partido conservador batallaba por afianzarse y no le había sido posible manifestar su empuje.

Pero ahora, en cinco años, ¡cuánta diferencia! Cartagena es una ciudad en regla con cuanto es de desearse; ferrocarril, colegios, hospitales, bibliotecas, parques, monumentos y una fiebre de edificar en los particulares, marcadísima.

¿Cómo se explica esto ?

¿Será malo el régimen actual que de una piscina como Panamá y otras, hace ciudades á la europea y una chapetonada como Cartagena la resucita del polvo y la hace rejuvenecer y avanzar?

Un radical tuvo la sinceridad de contestarme, aunque de mala gana, cuando le pregunté á qué se debía esa hambre de edificar y reedificar y el movimiento comercial despertado en estos últimos años:

— Pues al maldito billete; como nadie fía en él, nadie lo guarda, como se haría con la plata, y en algo tienen que emplear los papeles.

No quise seguir escuchando, porque nunca el fanatismo supo razonar ni hacer justicia.

Pero, hé aquí demostrado hasta dónde va la pasión: el bien palpable y su origen los apellidan malditos....

Todo lo que se haga en su beneficio nunca será apreciado. Sólo quieren una cosa: el poder y después que se hunda el mundo.

Un simple paralelo entre los 25 años del partido liberal y los 10 del conservador, pone de relieve cuanto más hay en favor de los últimos.

Desde Cartagena principié á comprender lo bien servido que estaba el Gobierno. ¡ Mucha vigilancia ! mucha !

Tuve el placer de hablar con la inteligente viuda del doctor Núñez, doña Soledad Román.

En lo poco que tratamos pude comprender su gran previsión política; confía en los hombres que, en su mayor número, mueven la cosa

pública. Estima y cree en la buena fe del General Rengifo y otros, pero duda mucho de la longevidad del partido nacional. En realidad tiene razón.

El partido nacional es una emulsión: la frialdad y el abandono de los tiempos se encargarán de separar sus elementos constitutivos y otra vez volverán los partidos históricos, los únicos que tienen razón de ser y de disputarse el mando.

Fuí introducido en las relaciones personales del doctor Joaquín F. Vélez.

Nada se habló de política; su casa era una especie de Delfos: entraban y salían sin cesar individuos distintos. Lo poco que se dijo se redujo á la belleza de Suiza y de lo pintoresco de los viajes por Francia, Austria é Italia.

Con otras personas tuve el placer de hablar, y aunque nunca se llegó al fondo de la situación, noté facilmente, como ellos, que la época de prueba del partido nacional se acercaba: era su bautismo de fuego.

Aún había calma, pero era una calma siniestra. La actividad del Gobierno, y sus ojos de argos lo probaban. Sentía el león los pasos del cazador en la hojarasca de la selva y se preparaba al combate. El 6 dejé á Calamar.

Mi viaje por el río en el *Diez Hermanos* fué lento y al fin hube de trasbordarme al *Pedro Vélez*, por avería de aquél en la máquina.

El 18 de Diciembre, caballero en abatida mula, me encaminaba penosamente á lo alto de la cuesta de Honda.

¡Qué marcha tan penosa, qué camino tan peligroso! Tenía razón D. Juan Valera.

Pero como en esta vida todo tiene su compensación, en la misma pesantés y lentitud de la marcha, yo hallé la mía al llegar á la cima de *El Salto* en la mañana del 19.

Encontrábame en el dorso de la cumbre que separa las aguas que caen al Magdalena de las que van á Guaduas.

La mañana era fresca y el cielo completamente despejado. Desde ese punto dominaba el panorama de la creación.

A mi derecha, la inmensa hoya por donde se desarrolla perezoso el río Magdalena como una sierpe de plata. A su orilla, un pueblecito lucía su simpático caserío, era Méndez, y un poco más allá, tendido cual lago verde oculto entre islotes, se destacaba el valle de Mariquita. Y de un extremo á otro alzábase, hasta penetrar en el cielo, la hermosa cordillera central, en cuyo extremo sur se ostentaba el cono del Huila coronado con surcos de brillante nieve.

Dulce, grandioso é imponente espectáculo que me abstraía sabrosamente unos largos minutos.

Cuando volví en mí, para mirar hacia la izquierda, por completo había olvidado la mula que mansamente me sostenía. En mi arrobamiento llegué á pensar que viajaba en globo al lado de Flanmarión.

Lindo y encantador es el vallecito de Guaduas, y el alma goza al contemplarlo en una hermosa mañana. Ante él, llegué á acordarme

de mi querido Cauca y de ese inolvidable, que me vió nacer al pie del indómito Galera. Recordé mi querida Pasto y con élla tantos seres adorados que acaso nunca volveré á ver. ¡Ay! si acaso por esos mundos fuera, después de 21 años de ausencia sería un extranjero en mi tierra. La tumba de mi madre, los amigos de infancia, ¿cómo hallarlos? ¡A cuántos yo habré sobrevivido en este mundo de mezquindad y lucha!

¡Hermoso valle de Guaduas, grata semblanza de un país querido, simpático despertador de mis años infantiles, cuán digno eres de la salutación del viajero que desde tus colinas te contempla con el deleite que Israel sentía al ver la Tierra Prometida!

Yo te saludo con todo el corazón y el alma!

¿Qué no merecerá el pueblo bello que oyó los primeros gemidos de la heroína americana?

La pequeña población parece en el fondo del valle á una virgen que juega con las ondas de un riachuelo, pero velando sus encantos con el follaje de los árboles.

A las 9 pasaba por Túsculo, hacienda del doctor Murillo, y poco después me sentaba á almorzar en el hotel de la plaza.

A la sazón se trabaja el monumento dedicado á la Pola, que debía inaugurarse el día de su natalicio, 26 de Enero.

Esa fecha era una cita general en toda la República.

Un grito debía resonar de un extremo á otro, y allí, ante la Pola, debía darse la voz de guerra para derrocar el Gobierno.

“Libertad! Libertad! No eres aquella
Virgen, de blanca túnica ceñida
Que vi en mis sueños pudibunda y bella;
No eres, nó, la deidad esclarecida
Que alumbrá con su luz, como una estrella
Los oscuros abismos de la vida;
No eres la fuente de perenne gloria,
Que dignifica el corazón humano
Y engrandece esta vida transitoria.”

¡Qué ironía!

Pero el señor Caro no descansaba. Tenía, buenos servidores y se apercebíó á la defensa con actividad y tino.

Desconcertados los del complot, anticiparon el golpe, como locos sin orden, sin plan, sin jefe. Era un grupo de soldados náufragos en la mitad del mar, obedeciendo á la voz “sálvese quien pueda.”

Este trastorno general, este enmarañamiento de ideas y la falta de disciplina, hirió el amor propio de los jefes principales que se creían llamados á dirigir el movimiento, ó por lo menos á servir de mentores á la juventud revolucionaria, y prorrumpieron en sarcasmos contra estos frenéticos aislados, calificando su movimiento, de revolución de *sans-culottes*.

La bafa de los propios sirvió, pues, como artillería en favor del Gobierno.

La división nunca puede traer más que ruina, y esta es la que, por desgracia, veo para el partido conservador si todos no contribuimos siquiera con un adarme de sacrificio de nuestro orgullo.

La condensación del partido conservador es una necesidad que se impone, como se impone la descartación del liberalismo en los puestos públicos.

No me refiero á los independientes. Todos ellos tienen que seguir nuestra suerte: gozan con nosotros de las delicias del poder, á la caída tomarán parte en el acíbar, salvo que, como el hijo pródigo, vuelvan al seno de donde salieron.

Una idea dolorosa ocurrióseme en esos momentos, la idea de una proporción:

¿Serán los velistas á los conservadores lo que los independientes á los radicales?

¿Del fondo de las tinieblas de nuestro infortunio se levantará la sombra de Caín? ¿Será cierto que en el alma del velismo bullen ideas reaccionarias? ¿Habrà conservador leal que forme al lado del enemigo, fundido en una misma idea y en lucha por una misma causa?

Después de hechas estas preguntas ante los bloques de piedra que trabajaban los canteros para el monumento de la gratitud de un pueblo, piqué mi mula y continué mi camino.

Dos horas más tarde me hallaba en la cumbre de el *Raizal*, de donde descendí hasta la hacienda de los *Estivalles*, sitio de la residencia del doctor Plata, médico inteligente, que recuerda aquella estrofa de Fray Luis de León.

Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Poco después me hallaba en el *Alto del Trigo* y en seguida dominaba el pequeño y lindo valle de Villeta, en donde cinco años antes había encontrado al doctor Holguín, festivo al parecer, pero con un mundo en el alma de tedio y amargura.

¡Las grandes glorias no se obtienen sino á costa de grandes sacrificios!

Murió este infatigable lidiador con el corazón desgarrado por la envidia, la ingratitud y la traición. Su muerte fué un triunfo para el radicalismo, porque fué una pérdida irreparable para el partido conservador. Su pluma era una catapulta, su verbo un ariete irresistible.

Pocos hombres, de ésta época, han dado á Colombia tan alta posición en el exterior, como el Dr. Núñez y el Dr. Holguín.

Este fué de aquél un eco fiel y un intérprete sincero.

El reconocimiento de nuestra independenciam por España es su gran obra. En su tiempo se reanudaron las interrumpidas relaciones con aquella vieja pero venerable madre, de cuyos defectos y grandes virtudes participamos, mal que nos pese ostensiblemente, pero que en el fondo nos da orgullo.

La desprendida generosidad española es cualidad única de su raza, y es su título de los más nobles.

Por estos dos adalides de nuestra regeneración, Colombia goza de un adelanto activo en artes y oficios. Si á los Jesuítas se debe la primera imprenta, á los Salesianos la primera fundición de tipos.

Y sin embargo de tanto bien, fué el Dr. Holguín un mártir, sin que ésto quiera decir inmaculado.

¡ Cuántos, cuántos han hecho menos bien y mayores yerros sin que su nombre, ni su individuo, ni su familia hayan bebido la décima parte de sus sinsabores !

Generoso, insinuante, hidalgo, no merecía, nó, la ira popular de que fué víctima, gracias á unos cuantos Catones incapaces de medirse con su formidable antagonista.

Quién sabe si los más favorecidos por su hidalga generosidad fueron, *sotto voce*, los más terribles instigadores contra su posición adquirida á fuerza de genio y de batalla.

Mas en el martirio de la mayor parte de los hombres pertenecientes á la publicidad, queda un consuelo: la posteridad se encarga de hacerles justicia, la apoteosis es su galardón, sus hijos heredan sus laureles y éstos hacen su fortuna. Pero para aquellos infelices mártires de una causa que en su conciencia creen defender con razón y por lo cual sufren y agonizan en silencio, ¿ cuál es la presea ?

La muerte en general, de degüello ó de hambre, y un sepulcro ignorado en donde sólo se alze la yedra silenciosa, símbolo de una amistad sincera ! Ningun poderoso se acuerda de ellos, la historia pierde su rastro y sólo sus hijos repiten medrosos sus nombres, temiendo su trágico fin sea su herencia maldita !

¡ Cuán doloroso es contemplar la agonía de éstas víctimas oscuras del amor patrio !

En el Darien tuve ocasión de oír por primera vez de boca de un ex-corneta, la relación de la batalla de Cuaspuclú. Casi ciego, medio tísico, mendigo se hallaba ese infeliz. Al detallar la acción se transformaba en el militar de antaño.

De su su frente huían las arrugas, sus ojos centellaban y sus gastados músculos parecían recobrar su heroica energía.

Estaba tocado por el galvanismo de la gloria! Mas una vez pasados aquellos lúcidos momentos, comparaba sus días mejores con su mendicidad presente; la melancolía volvía á su semblante más marcada, las arrugas más profundas, sus ojos se velaban por un paño húmedo y sollozaba de dolor.

En Bocas del Toro se me presentó un cuadro semejante aunque más desgarrador.

El mártir era de más talla, y sus servicios más desinteresados y mayores.

Hablo del General Carlos Patiño.

Después de haber consagrado la mayor parte de su mejor vida á la causa de su devoción, hasta el año terrible de 1876, después de haber cooperado con su sangre y con su dinero á la defensa de nuestros principios, recibió el soldado de Arboleda, como recompensa la remoción violenta del cargo de Juez Político que allí desempeñaba.

El pequeño sueldo no era bastante para él y su familia, y á la salida nada pudo haber economizado, máxime que muchas veces de su triste *predaba* á los jornaleros que trabajaban las hoy calles, porque el Municipio dizque carecía de fondos.

Muchas veces vi á este pobre anciano sentado en mi cuarto, bañar sus rugosas mejillas con abundantes lágrimas. ¡Lloraba como un niño!

De los enemigos, decía, nada me estrañaría, ni el banquillo; pero los míos porqué se han encargado de aniquilarme? En compensación de mis sacrificios hasta un *pase*, hasta un *pase* en el ferrocarril me han negado!

Desventurado anciano! Su familia yace demandando un pan en el extranjero.

El héroe del 24 de Cali, el único sostenedor de nuestros principios después de aquella hecatombe indeleble, murió de hambre. ¡Literalmente de hambre, mientras otros, sin méritos ningunos, tal vez enemigos, prosperaban dulcemente....!

Su entierro fué costeadado por la amistad. Yo puse á su tumba una verja de madera y una cruz con su nombre y con la fecha de su muerte: 18 de Abril de 1893.

Pueda ser que cuando yo muera haya también mano piadosa que con una cruz marque la última morada de mis restos hasta que mis deudos piensen en mi memoria!

La cruz, símbolo de una religión toda caridad y toda amor, es la única que acompaña á esos lidiadores solitarios y modestos, para quienes no se hicieron las enseñas del reconocimiento en forma de estatuas ó mausoleos.

¡Ah! General Aicardy, á hombres como aquél, servidores antiguos y fieles no se desechan porque sus achaques los tornen impotentes, aunque mil Prefectos los hostilicen. A esos

restos de una legión gloriosa se promueven como inválidos y no se condenan á una muerte desesperada!

Tales injusticias, imperceptibles al parecer, más tarde se expían terriblemente.

Sobre el servidor desgraciado están los poderosos, pero sobre ustedes está una Providencia justa é inexorable que hace sentir su ira con la tremenda justicia de un pueblo airado ó de un jefe insensible y justiciero.

Entonces, en el colmo de la perplejidad y angustia, no saben á qué atribuir el embravecimiento de ese mar indómito, no encuentran la causa prima!

¡Son tan pequeñas para ellos las víctimas de su olvido!

Ignoran que cada uno de esos mártires que ha bajado á la tumba ó que yace en el lecho del dolor, entre la desesperación y el hambre, tiene un vengador en esa implacable multitud en forma de pueblo furioso ó de cuartel revuelto.

Los pueblos son ingratos con los poderosos porque éstos lo son con los infelices.

Napoleón despreció á muchos de sus mejores servidores, aun á sus hermanos y á su esposa en los momentos de su mayor orgullo; llegó á ver pequeña á la misma Francia.

Más tarde conoció sus faltas—tenía genio suficiente para conocerlas—y sufrió á sabidas del por qué y resignado.

y Jerónimo fué el único de sus hermanos que lo acompañara en Waterlloo. Luciano se encarró al compañero de Washington.

—Ah hermano mío, ¡qué tarde he llegado á conocerte! le dijo estrechando entre sus brazos al primero.

En la Malmaison, contemplando el retrato de Josefina, llegó á verter lágrimas de arrepentimiento.

—“Ella jamás me habría abandonado,” dijo á Hortensia, aludiendo á su soledad de los cien días.

Por estas y otras razones, cuando necesitó del pueblo de la Francia, el pueblo lo abandonó por los labios de Lafayette, con aquel discurso helado que congelara á los muertos!

Bolívar tuvo, en medio de su gloria en el Perú, á semejanza de Alejandro en Persia, sus momentos de flaco desvanecimiento.

¡Cuán amarga fué su expiación!

Los grandes hombres cometen faltas que la historia suele perdonar, pero la Providencia nunca.

¿Y de qué otro modo se podría comprender la Justicia Divina?

Hay una urdiembre terrible en esto de las faltas contra las leyes morales, cuyo examen hace estremecer al pensador. Este principio es implacable: no hay mala acción sin castigo, como no hay buena sin recompensa.

El desalmado puede atribuir sus culpas al acaso; mas, el creyente, más cuerdo y apto para la inmortalidad, ve en ellas una orden divina inapelable. Con cambio de nombre el castigo ó el premio son unos mismos.

Para el caso nos da igual Tamerlán ó Napo-

león, Atila ó Luis XIV; la inmortalidad es el premio de sus hechos; sus últimos momentos y el estigma de la historia, su castigo.

No quisiera haber nombrado á Bolívar, ante quien todo colombiano debe descubrirse con compunción, pero desde que un individuo se sienta como Juez ante el tribunal de la posteridad, tiene que juzgar sin pasión ó por lo menos de acuerdo con su conciencia. Y Bolívar si no fué ingrato fué débil. Y Santander si no fué débil fué ingrato.

¿Será que la ingratitud es innata á los grandes hombres?

Doblemos esta hoja.

Por fin el 26 de Diciembre di término á mi jornada.

Sentía frío en el cuerpo y frío en el alma.

Presentía la catástrofe próxima, aunque tenía fé y esperaba en el triunfo de la legalidad, no obstante de ver el profundo abismo que separaba á dos hermanos de la misma causa.

¿Qué razón hay para que el señor Caro y el señor Vélez, hijos legítimos del partido conservador, fuerzas constitutivas de una misma existencia no marchen armónicamente, perdonándose con generosidad sus errores ó sus faltas?

Observaciones son éstas hijas del patriotismo sin parar en los motivos que existan para la división del partido: creo que es más regular y más generoso perdonar las faltas del hermano que dar el ósculo de paz al enemigo que ayer nos abofeteó!

¡Un mes había empleado en recorrer el radio de la República!

No bien pude salir, me dirigí al Ministerio de Hacienda, en donde hablé con el Dr. Cañón, Subsecretario, encargado del despacho por la ausencia del Señor Bravo.

Presentele mis proyectos en globo, y con fineza me contestó que hiciera un *memorandum*. Hablando de asuntos generales, me dijo que el tiempo era de paz y que ella continuaría hasta el próximo período eleccionario.

¿Sería sincera su apreciación?

Al día siguiente, al pasar por la calle real, tuve el placer de encontrarme con el General Reyes, quien, con su cesáreo modo de ser, no tuvo inconveniente en darme un abrazo de bienvenida, á pesar de la inmensa distancia de posición que media entre los dos. Andaba con un caballero, quien al ver la amable acogida que me dispensara, quedó como sorprendido y pasmado.

Quizá un portero no se atreviera á tanta fineza, y se habría contentado con prodigarme una olímpica mirada.

Nuestros porteros son casi siempre *olímpicos*, y más si proceden de Jamaica, en su educación y estilo.

Ofrecí verlo en su casa, y fuí á ella con el propósito de manifestarle todo lo observado por mí, no propio de encomendarse á la pluma, pero por desgracia había partido á su hacienda de Jerusalén.

Natural era que me dirigiera al Señor Caro,

y así lo hice la víspera de mi viaje para la Costa, á las cinco de la tarde del día 5. En palacio tuve el placer de hablar con el caballeroso joven Pedro Vélez. Tratamos algo de generalidades después de los cumplidos de cortesía, y cuando entró, me dirigí al oficial que guardaba la entrada del locutorio.

Por ser joven con facilidad pude insinuarme á él y sondear su conciencia, procurando saber cómo estaba dispuesta la tropa.

Me gustaron sus respuestas, y dije para mi capote: con la opinión y ésto nada tenemos que temer: ojalá nunca nos falte ni lo uno ni lo otro.

Eran las seis y el Señor Caro aún no había comido, entregado á tareas continuas. Me retiré sintiendo no haberle dado algo más de luz sobre lo que yo entendía, aunque innecesario para los posteriores resultados. Hubo más sangre, pero la victoria fué la misma: decisiva.

El 9 de enero me presentaba en la orilla del Magdalena y esperaba paso en la barca, cuando miré unos cinco individuos custodiados por tropa. No permanecí mucho tiempo mudo y supe que se conducían presos á Bogotá.

¡Principiaba la tempestad!

El Gobierno estaba al corriente de todo, y obrando activamente, economizaba sangre.

La guerra era inminente, y así se lo dije al Jefe del Resguardo de Cartagena.

Pocas horas después de tomar tierra en Bocas del Toro, la revolución estallaba en el interior de la República.

Posteriormente las líneas telegráficas se interrumpieron y quedó Panamá en la República como Bocas en Panamá.

El viaje que hizo conmigo el vaporcito *Premier* de Barranquilla á Bocas, fué el último por su cuenta en ese tiempo. A su regreso, tomólo á flete el Gobierno para la conducción de tropas y armas.

Más tarde él mismo debía llevar á Limón á los amigos de Garza y Castro la noticia de la catástrofe de la famosa expedición, dos días después de sucedida.

Los fugitivos la confirmaron y Uribe tuvo tema para lanzar gemidos y lágrimas....

INCERTIDUMBRE

Fresco conservo aún en la memoria el cuadro de soledad que Panamá presentaba pocos días después del 16 de Marzo de 1885.

Al ruido incesante y al movimiento vertiginoso producidos por toda la afluencia de gentes atraídas por el Canal en todo su auge, siguió ese morbosos estado moral, tanto más marcado cuanto fué más brusca la transición.

Coches, carretas, dulceros, fruteros, comerciantes, mujeres, niños, todo se había ahuyentado, y para que no quedase duda de tan terrible soledad, un sol potente alumbraba aquel blanco panteón que horror daba al contemplarlo.

Parecía un paisaje de la luna.

Sólo de vez en cuando un empleado ó un

moscardón vagabundo interrumpían esa tétrica soledad.

Esto pasaba en Panamá en Marzo de 85, y en Bocas del Toro á fines de Febrero y á principios de Marzo de 95.

Por fin llegó el primer vapor, *Premier*, ya de cuenta del Gobierno: traía 50 veteranos al mando del Capitán Ortiz y 40 policías á las órdenes del Teniente de policía M.

La población en masa se fué á ellos deseosa de conocer lo que ocurriera en lo interior de la República. Algo extraño se temía, pero se ignoraba el qué.

El Teniente, joven activísimo y de lo más leal, competente y conservador sin pifia, dió luz con sus procedimientos.

Dijo traer instrucciones privadas para reducir á prisión á todos los conspiradores contra el Gobierno.

En efecto, no bien saltó á tierra, conocedor de quiénes eran los politicastros cabecillas, que no cesaban en su empeño de desacreditar al Gobierno, sin tener cuentas con el Alcalde, redujo á prisión á 5 individuos, entre ellos á su Secretario y al Tesorero municipal. El Corregidor yá había salido del puesto por la continua insistencia de D. Ricardo Arango.

No redujo á prisión á otros empleados sospechosos, por parecerle de poca significación, aunque más tarde se vió, que sin valía podrían servir aunque de atalayas.

El Juez político protestó del hecho de que sin su conocimiento penetrase un agente de

Policía en el círculo de sus atribuciones y de una manera tan brusca le quitase su Secretario, y en mi presencia dijo al Teniente M., pues tenía órdenes secretas, debía encargarse del Juzgado; que él no continuaría si no se soltaba á su Secretario principalmente.

M. contestó enérgicamente que obrara como á bien tuviera, pero que *primero se dejaba arrancar el pescuezo* que soltar á un Secretario que conspiraba públicamente en la oficina.

Con esta contestación se indignó la primera autoridad y se lanzó á la vía de hecho, que por por suerte no tuvo ningún efecto, por habernos interpuesto varios amigos de ambas autoridades; y los presos continuaron presos por estar la Policía á las órdenes inmediatas del Teniente, y ante todo, á su favor.

Notable, trascendental fué este incidente, que de una y otra parte se refirió en varias notas para las autoridades de Panamá y Colón, apreciándolo de distintos modos, según simpatías, más que de acuerdo con la verdad.

El Teniente había obrado por orden del Prefecto de Colón, Guzmán.

Estimulado por su carácter vivo é impetuoso, y conecedor del genio dejado, olvidadizo, del Alcalde abandonó consideraciones y procedió, como se ha dicho, asumiendo toda responsabilidad.

Más tarde vióse, por las consecuencias del 8 de Marzo, que si aquellos individuos hubiesen estado libres en el momento de la invasión, muy distinta suerte habría corrido el Departamento de Panamá.

Por el momento tuvo razón el Alcalde, y el Teniente hubo de salir de la comarca en unión del Prefecto, que vino de orden superior á dirimir la cuestión y á ver los presos.

Este fué su primer paso.

La entrevista tuvo mucho de tierno y sentimental.

No bien los vió, los abrazó con fina cortesía.

Pero como soltarlos habría sido cuando menos una niñada, con pena profunda hubo de llevarlos á Colón, en donde se les podía tratar con los demás presos, con consideraciones y finezas.

Ocupóse también en nombrar el Tesorero que debía reemplazar al que iba preso y en examinar el personal de Cabildo y sus presupuestos. Al de gastos se le hicieron modificaciones con el aumento de algunos sueldos.

El Cabildo, no obstante, continuó como antes, por falta casi absoluta de personal; todos los miembros pertenecían por vías distintas á una misma familia hostil al Gobierno. El Presidente era el patriarca de ellos.

¿Habrá deliberación?

En el mismo vapor *Premier* llegó el Comandante Guerrero con el fin, entonces oculto, de averiguar el paradero de ciertas armas guardadas por individuos mezclados en tentativas revolucionarias.

Se hicieron algunas diligencias en algunos lugares circunvecinos, pero sin ningún resultado; como se verá más tarde, estaba muy lejos el depósito: en "Cahuita."

Al día siguiente partieron el Comandante, el Teniente M. con 20 policías, el Prefecto y los presos, á quienes se trató con gran blandura.

No opino que al vencido aherrojado se hostilice con crueldad.

La venganza feroz no es propia de nuestra civilización y por ello aprobé la conducta del Capitán Ortiz y del Prefecto; sin embargo, aquellos presos tuvieron el valor de quejarse de nuestro trato.

Natural es esto de preparar el camino de méritos para cuando les llegue la hora de la cosecha; pero yo les preguntaría:

¿Se habían comportado del mismo modo con nosotros?

Yo sé de uno de ellos, el que más predica las libertades de palabra, de imprenta y de creencias religiosas; el que principia sus arengas con este lema: «yo soy hijo del pueblo;» el que más habla contra la pena de muerte; yo sé, digo, que ofrece para el día de su ascensión, cabezas regeneradoras en platos de oro!

¡Pueblo, no os engañéis! Aquellos que tanto hablan de libertades no las quieren para vosotros, las quieren para sí!

¡Hablan contra la pena de muerte, y santifican el puñal del asesino!

¡Predican libertad de conciencia, y no toleran que el pueblo sea católico y detestan los ministros del culto!

¡Predican la libertad de palabra, y cuando en su presencia uno expone sus sinceras opiniones, con la intolerancia del fanatismo desearían amordazar los labios!

¡Predican la libertad de imprenta, y cuando la tienen, en nombre de esa libertad, tan mal comprendida, tan ultrajada, se arrojan como fieras en un rebaño y despedazan todo cuanto encuentran sin detenerse ante el sagrario del hogar!

¡Cuán bella es la libertad!

Pero sabiéndola comprender.

Para nosotros, niños aún moralmente, es manjar que nos indigesta servido en demasía.

Al día subsiguiente de la llegada del *Premier*, como yá he dicho, partieron el Prefecto, el Comandante y 20 policías.

Fuí á acompañarlos á bordo, y dos de los presos, los de menos significación política y social entre ellos, ebrios de ron y de vino, se atrevieron á injuriarme atribuyéndome el origen de su prisión.

Yo los ví, los oí y les volví la espalda.

¡Yá estoy tan acostumbrado á oír los escarnios del enemigo!

En aquella época aciaga dos empleados cargamos con todas las odiosidades del pueblo: el teniente y yo.

Con escaso mundo, ignorábamos el arte de encontrar la línea neutra y hacíamos el deber sin reticencia ni distingos!

Una vez separado el teniente, quedé yo solo como el blanco de todas las iras, como el hijo de Agar en el desierto: todos contra mí.

Era el único civil que les fastidiaba, el único que obraba en pro de mi causa, aunque no el único conservador.

Puedo decir que, á excepción del capitán Ortiz y de N. Prieto no podía contar con el apoyo efectivo de nadie mas. Mis correligionarios, poquísimos ante todo un pueblo rectamente radical, creían más juicioso ser prudentes que apoyarme. Verdad es que Pardo y ante todo Jovane hacían brillante defensa de la Regeneración.

Cuando se proponían ataques á mi persona, raro era el que osaba salir en mi defensa: intentarlo era desertar y desertar sucumbir.

¡Pobres de los empleados leales que en pueblos hostiles osan cumplir con su deber francamente! Pero son empleados de pueblo.....

Entretanto que esto tenía lugar en Bocas, en el interior de la República sucedían notables acontecimientos, ventajosos para la causa conservadora.

¡Con qué ansia, con qué desesperación, no leíamos, devorábamos los Boletines firmados por el activísimo Gobernador del Cauca, doctor P. A. Molina, y publicados con profusión por D. Ricardo!

Entonces, más que nunca, estrañaba yo el telégrafo de David á Bocas.

Pero el silencio habría sido el mismo, puesto que todas las líneas de la República estaban interrumpidas.

Por fin los boletines también nos faltaron y nuestro aislamiento se marcó horrible, insoportable.

Siempre que llegaba un vapor noruego procedente de Nueva Orleans, Mobile ó de Nueva-York, íbamos, más que á pasar la visita regla-

mentaria, á hacernos cargo de las noticias del *World*, del *New York Herald* ó del *Sun*.

¡Qué terrible ansiedad, qué agonía! El papel temblaba en nuestras manos cada vez que lo cogíamos, presintiendo que esos periódicos estaban plagados de mentiras á cual más enorme.

Nuestra angustia subió de punto con la nueva publicada en uno de los Boletines, de la prisión de nuestro amigo el valeroso General R. Urdaneta, tipo del caballero, del amigo y del conservador sin tacha. Otro de los Boletines nos llevó la alegría de saber su rescate.

A pesar de estas alternativas nuestra fé no flaqueaba y esperábamos un porvenir satisfactorio.

Como de contrabando solían llegar periódicos de Venezuela, editados por los falsos apóstoles de la libertad. Por uno de ellos supimos que ya el señor Caro estaba preso; que el señor General Santos Acosta se había encargado del Poder Ejecutivo, y del triunfo de la revolución se hablaba como de un hecho cumplido.

Posteriormente se notició que el General Camargo estaba en Buenaventura, desde donde había ordenado al Gobernador la entrega del Gobierno á cualquiera de los radicales conspiradores del Istmo.

Los verdaderos amigos de la causa conservadora, los que estamos ligados por el corazón y por el alma, es decir, por sentimiento y por convicción, mas no por el salario vil, como hoy se estila, temblámos viendo hundido en el caos

de *libertades* nuestro sueño de *libertad* y orden.

De un momento á otro esperábamos nuestro relevo con la orden de reducirnos á prisión.

Pero aún nos quedaban esperanzas y estaban cifradas en aquel hermoso cuadro de valerosos soldados del *Batallón Colombia*, comandados por el gallardo Gaitán y por el digno é inteligente Guerrero.

Cuando se habló de la entrega del Departamento, para evitar derramamiento de sangre, Gaitán, dizque contestó que no lo haría sin quemar la última cápsula.

Si ésto es cierto aquel Jefe merece la inmortalidad.

El día 6 llegó el vapor noruego *Breifond*. En un número del *Times Democratic* de Nueva Orleans anunciaban para el 5 la toma de Bocas del Toro por revolucionarios sin Jefe conocido.

Un poco antes, en ese período de calma aterrador, había salido en *El Cronista* de Panamá una relación de lo acontecido en el interior de la República: los combates de “La Pradera,” “La Tribuna” y “Chumbamuy,” con la rendición de Sarmiento. Documento tan importante y tan bien razonado, debía ser para los amigos un bálsamo de consuelo; incontinenti me apresuré á reproducirlo por la imprenta.

DÍA 7 DE MARZO.

El penetrante y ronco silbato del vapor *Tyr*, procedente de Colón se sintió lejano en la mañana del 7 de Marzo de 1895.

Acto continuo se preparó el bote del Resguardo y nos apercibimos para la visita reglamentaria.

¡Cuánta ansia por saber de los hechos cumplidos! ¡cuánta zozobra!

Deseábamos conocerlos, pero temíamos al mismo tiempo, con la angustia de que fuesen contrarios al Gobierno.

Por fin fondeó el vapor y nos lanzámos á su bordo.

En él venía Mr. Wilson, Jefe de la casa de su nombre, quien yá no existe.

Por él supe que el buque de guerra, *Atlanta*, norte-americano, se dirigía á esas aguas y que se sospechaba algo tremendo.

Tomámos el saco de correo y volámos á tierra yá cumplida nuestra oficial misión.

A las once de la mañana nos hallábamos al rededor de una mesa, en una casa vecina á la del Resguardo, cuatro individuos.

El Capitán Ortiz, el señor V., venezolano, pero adicto á nuestra causa, el señor Pardo y el autor de estas líneas.

El Capitán tenía una carta entre las manos.

La leímos. Procedía del Comandante Guerrero.

En uno de los párrafos decía en sustancia lo siguiente, si mal no recuerdo :

“Por un cable de Puerto Limón sabemos que esa población ha sido ó va á ser atacada en una de estas noches.

“Estoy angustiado por el resultado que podamos tener.

“Confío en usted y en la fuerza; pero si la suerte nos fuere adversa, flete usted un vapor, cueste lo que costare y con las reliquias véngase volando.”

Se puso en discusión la cuestión del ataque. Si venían los expedicionarios en el vaporcito costaricense *Braulio Carrillo*, como se decía, yá debían haber llegado con mucho y resuelto el problema. No lo habían hecho, algo había de notable para creer que viniesen en buque de vela. El más diestro entre nosotros y conocedor de aquellas costas desde Puerto-Limón á Bocas era Pardo. Viejo navegante y amigo sincero, á su fallo nos atuvimos.

Dijo que no hacía mucho habían llegado unos criollos de Talamanca, muchachos de confianza, y que á su paso por la costa nada habían visto.

Total: confiámos en que nada había por lo pronto y nos disolvimos.

En Panamá estaban al corriente de todo y á cada momento esperaban al General Benjamín Ruiz hasta del cielo.

Ignoraban que Garza y Pereira Castro eran los Jefes de la expedición.

Pocas horas después llegó á tierra el vaporcito del *Atlanta*.

El Capitán habló con el Agente consular de la inminencia del ataque, y éste á su turno lo hizo saber al Juez, advirtiéndole que se alistase.

—Estoy listo, contestó este guapo aunque desprevenido soldado.

Algunas familias extranjeras huyeron como las golondrinas á la proximidad del invierno.

A las dos de la tarde todo era confusión, todo el mundo sabía la inminencia del peligro. Todos lo creían; y los radicales, que son la mayoría del pueblo, lo manifestaban sin embozo en sus caras risueñas y en ciertas palabras veladas por la duda y alumbradas por la confianza inspirada por los mensajeros secretos.

Esa tarde á las cuatro zarpó para Colón el vapor *Breifond*, que había traído la última noticia del exterior, referente á la revolución de Colombia, de que ya hemos hablado.

Quedaban en la bahía el *Tyr* y el *Jarl*, y afuera á la vista del puerto, el vapor de guerra americano *Atlanta*.

Con la tarde, un poco fresca, se disiparon de la tierra el bochorno del calor del sol y de los cerebros contraídos á las meditación, las zozobras impuestas por una situación oscura.

La duda se ahuyentó de nosotros y caímos en demasiada confianza, que pudo habernos sido perjudicial.

A las siete invité al Capitán Ortiz para que en el bote del Resguardo hiciéramos una correía por el lado de "*Haul-Over*," pequeña garganta de tierra por donde tiene que pasar todo sér viviente que por tierra venga á Bocas.

Ibamos en el bote el Capitán, el Secretario de la Alcaldía, mi hermano, yo y dos jóvenes más. Uno de estos últimos me era altamente sospechoso antes; pero últimamente, habiéndose empleado con el Alcalde, creí mis temores infundados y lo dejé embarcar.

Lenta era la marcha del bote en esas aguas

dormidas que ningún viento puede agitar. La tarde era un tanto sombría y convidaba á una de esas escursiones tan dulces y tan poéticas, en que más de una vez manos femeninas oprimieron los remos é impulsaron un bote, imitando la marcha de un cisne en un estanque tranquilo.

En esos momentos se oía el clangor de una corneta: era que en el Cuartel se hacía el estudio reglamentario, enseñando los toques á la tropa.

Este fué el tema de nuestra conversación á la ida.

Yo gobernaba el bote.

Dirigíalo directamente hacia "Haulover" y mi vista recorrió de los alrededores del Cementerio á la colina de "Lenan," situados á derecha é izquierda de tal garganta.

Mi objeto era que desembarcáramos y por tierra hiciéramos una escursión, pero los remeros se opusieron á continuar, pretextando que era muy noche, y nos regresáramos.

Desde el punto donde nos encontráramos, distinguíamos perfecta y lindamente, al través de las rompientes que circundan este pedazo de bahía, llamado *Sun Fly Bay*, la línea del mar, en donde parecen unirse cielo y tierra.

En ese pequeño arco, yá sombrío é indeciso por la proximidad de la noche, se marcaba un punto negro con dos luces poderosas que semejaba á un inmenso cocuyo columpiándose en el Océano.

Este cocuyo era la *Atlanta*.

Sus focos eléctricos se agitaban y sus dos luces parecían en el horizonte como dos inmensos brazos de un gigante pulpo que loco y desconcertado buscase algo en el espacio infinito.

Cambiámos nuestro tema de conversación, que al principio eran los toques guerreros, los remos cesaron de bogar y nuestros ojos se fijaron en aquellos movimientos de luces para nosotros incomprensibles.

Nos detuvimos á contemplarlos.

¿Qué harán? fué nuestra pregunta. ¿Serán el ejercicio de señales que ellos ponen en práctica?

Mil congeturas formámos ante aquel hermoso espectáculo, y no dejó de ocurrírseme si con aquellos movimientos luminosos buscasen los norte-americanos el buque expedicionario.

A las nueve suspendimos nuestra excursión y anclamos el bote á pocas brazas de la oficina del Resguardo.

En esos momentos desaparecía el vapor *Tyr* en el Canal de *Old Bank* (Bastimentos), que seguía para la Laguna á hacer su carga de fruta.

Quedaba todavía un vapor en bahía: el *Jarl*. Antes de separarnos invité al Capitán á tomar conmigo una copa de helado; excusóse y siguió al Cuartel á dar sus órdenes y por su parte á continuar la ronda en unión del Teniente de Policía C....

El Oficial de guardia en el Cuartel era el Teniente Antonio López.

Veamos ahora las medidas preventivas que se habían tomado.

El Teniente de Policía tenía en el lado de la Isla que mira á Costa Rica, cuya entrada se llama Boca del Drago ó *Bouthsmouth*, un agente con el fin de que viera y participara, con la rapidez de la ardilla escandinava, lo que ocurriese.

Súpose ese día que el ENCARGADO de hacer tan delicadas funciones estaba enfermo; y en la canoa de un señor de aquel lugar que partió como á las tres, se mandó el reemplazo.

Dejémoslo en camino, sentado en el fondo de la canoa y ostando su casco blanco distintivo de su empleo en el Istmo.

Examinemos cómo se dispone de la policía en Bocas.

Ortiz quiso desde que llegó, que élla formase parte del Cuerpo veterano, y que estuviese á sus órdenes inmediatas; pero Guzmán, el Prefecto, dispuso su separación, motivo por el cual aquél se hallaba perplejo y no se atrevió á disponer terminantemente.

El Teniente, joven bien intencionado, valeroso pero poco diestro, tal vez dió lo mejor que pudo sus disposiciones.

Escalonó en toda la línea del poblado á *HOUVER* unos tres policías con el fin de que se comunicasen y apoyasen en caso de peligro, y hecho lo cual, se confió á la buena ventura. No obstante ésto, con Ortiz siguió hasta bien tarde rondando los vericuetos más sospechosos, desde *Sun-Fly-Bay* hasta *Lonsen-Point*.

Dejémoslos rondando en medio de la noche, pero alumbrados por los rayos de una luna ex-

pléndida que no debía ocultar su disco hasta las cuatro de la mañana, y volvamos á Bocas del Drago.

Sigamos historiando el día 7.

Mezelémonos al corregidor encargado de la vigilancia de las naves, mientras el policía yace tendido enfermo.

Una vela se distingue á lo lejos, afuera.

Aquél jefe en cumplimiento de su deber, busca un muchacho para que bogue, y se prepara á visitarla.

La nave ya está cercana. Es un bote de una sola pieza, como los que fabrican los indios, de dos palos, color negro, y tan flotante está su casco, que parece venir sin carga.

En la popa se ve grabado este nombre: FAVOR DE DIOS, en caracteres toscos.

A bordo no se ve más que un solo hombre.

Llega el Corregidor á tratar con el único tripulante visible; le hace presente su cargo de exigir papeles de navegación, y, según ellos, otorgar permiso para que pueda continuar hacia Bocas.

El aparente Capitán le dice que se acerque más, que pase á bordo.

Vá á hacerlo el incauto, y cuando menos piensa, se vé cogido por varios brazos que lo arrastran adentro. Otro tanto le acontece al compañero quien llora como un niño creyendo llegada su última hora.

Incontinenti los registraron, y al primero le quitaron el pito de policía, de los cuales parece que se hallaba uno de los expedicionarios bien

provisto para atraer, como la sirena de Ulises, los incautos policías que pasasen por su lado.

Como el Corregidor hiciese resistencia al principio, Campo intentó ultrajarlo malamente á lo que Garza, el Capitán provisional que hemos visto, se opuso diciendo que era innecesaria esa sangre.

El bote *Favor de Dios*, siguió su camino con dos tripulantes más.

Momentos después, como á las cuatro y media de la tarde, distinguieron una canoa, en cuyo centro sobresalía un casco blanco.

Instantáneamente se sumergieron todos los expedicionarios en el fondo del bote, y principió una tocata de pito para atraer al policía.

Parece que éste intentó atracar, pero el dueño del bote cansado del viaje y anheloso de llegar á su casa, no hizo caso de los pitazos del *Favor de Dios*, y siguió de largo aunque Moré lo llamase más y más hasta con la voz indicándole que fuese á ver á su compañero y al Corregidor que estaban á bordo.

Pero todo fué inútil.

Salvose el policía y el bote siguió su rumbo.

Lo más extraño del caso es que ni la familia del Corregidor, ni el policía de tierra, ni el que lo iba á reemplazar cayeran en la menor sospecha.

Como á las ocho de la noche, tomaron tierra en la finca agrícola de Mr. Wilson, situada á unas pocas millas de Bocas. Inmediatamente se dirigieron al jefe de los trabajos, cuya casa estaba cerrada. El punto se llama *Flat-Rock*.

Parece que el *mandador* tuvo un poco de recelo por lo que demoró la operación hasta que ellos se ofrecieron como gente buena y, que sólo deseaban un poco de ron.

Abrió al fin y se encontró con Garza, Pereira Castro y otros. Algunos quedaban en la operación de descargar las armas que con permiso del representante de la casa, se colocaron en un lugar seguro.

Pidióle Castro al joven sus peones y éste contestó que hablasen con ellos y que hicieran su voluntad, pero que él no podía imponerse.

Propusieronle que los acompañase y él se excusó con sus compromisos aunque sí les confesó que era liberal.

Ya con Oglivi, el pobre Corregidor á quien traían amarrado, habían tratado de averiguar de la situación del cuartel de Bocas, de los presos, etc, y éste les contestaba que hacía tiempo no iba allá y que ignoraba de los presos. Era así verdad. Desconocía que Guzmán los había conducido á Colón en el vapor Premier, en donde, como dijimos, partió el Comandante Guerrero con veinte policiales.

Los expedicionarios estaban desde Cahuita muy al corriente de todo, menos de la partida de los presos que en el asalto les hubiera servido ó de mucho ó de blanco.

Lo primero de libertarlos, y si no, lo segundo aunque de los centinelas.

Pero por dicha para ellos, libres estaban en Colón, preparándose su apoteosis.

¡ Cuántos con una sola equivocada prisión,

honra más que castigo, se hacen peaña para exigir coronas!

Cuando por el *mandador* supieron la suerte de los presos, Garza montó en cólera y dirigiéndose al maniatado Corregidor, le dijo: Negro canalla, ¿piensas burlarte de mí? ¿Cómo me engañas?, y otras duras expresiones hijas de la rabia que lo devoraba.

El infeliz, azorado entre tantos enemigos, temblando al contemplar la suerte que podía sobrecaerle, apenas blanqueaba los ojos, y con palabras mal articuladas protestaba de su inocencia.

Y en realidad, tal era su aturdimiento que al dar nota de la posición del cuartel (cuya casa era), aseguró que estaba sobre el mar.

Este pequeño y erroneo dato casi fué causa de nuestra ventura.

Garza, al disponer su tropa para el ataque, no intentó rodear el cuartel por el costado del mar de donde habría podido acabar de dominarlo. Mas no nos precipitemos en los hechos.

Después de asegurar las armas en *Flat-Rock*, y el bote quedara á cargo de un muchacho, los expedicionarios hicieron el recuento de su gente; y eran:

Diez y siete oficiales procedentes de Nicaragua, sin contar á Guzmán que de Cahuita siguió á Limon en busca de más gente.

Dos individuos cogidos en Cahuita á quienes se habían pasaportado en Bocas.

Estos ayudaron á trasladar las armas que allí estaban depositadas, del casucho al "*Favor de Dios*

Otros dos: el Capitán dueño, y el piloto del bote.

Un Jamaicano tomado en Bluefield.

Dos más tomados en *Flat-Rock*, uno de los cuales tocaba corneta. El otro era el guía. No confiaban en Oglivi, á quien llevaban con tal fin hasta el pié del árbol donde debían soltarlo.

De modo que hasta las 12 de la noche eran 24. Más tarde agregaroseles dos más; uno de los cuales fué remero en el bote del Resguardo. Con intención ó nó, muy marcada fué la casualidad de que á las cuatro de la mañana se uniese á los expedicionarios en uno de los puntos menos frecuentados por los vivos: por el cementerio.

En el momento del ataque se completaron 30 con los 4 presos que sacaron del cuartel de policía.

Este mismo día, por la tarde, Panamá se encontraba en la mayor alarma.

Se decía públicamente que Bocas había caído en poder de la revolución y el arrabal entero festejaba en alta voz tan ilusorio triunfo.

Por su parte el Gobierno se encontraba en grandes apuros. Casi no disponía de ninguna fuerza.

Gaitán con gran parte de la tropa se hallaba en David esperando á Ruíz, y otra parte como sabemos, está en Bocas.

Un mínimo resto cuidaba el Parque y los presos de Chiriquí

Para prevenir cualquier acontecimiento se formó una especie de guardia urbana compues-

ta de la juventud adicta al Gobierno, en su mayor parte empleados civiles.

El Gobernador en tal evento bien podía confiar, aparte de conservadores intrínsecos de otros departamentos, en dos individuos que descuellan por su posición y antecedentes.

Es el uno D. Tomas Herrera, secretario de Gobierno, hombre de gran carácter, modelado á lo Casimiro Perier, conservador y con verdaderas aptitudes de mando.

El otro es el General J. C. de Obaldía, verdadero patriota de los más notables del Istmo. Talvez por la fatídica división que en la actualidad aqueja al partido se podría dudar de su sinceridad.

Pero yo me atrevería á afirmar que en caso de una emergencia, en caso de cualquiera necesidad, su espada se pondría al lado del Gobierno sin vacilaciones sospechosas.

Caballero montado á lo Bayardo sin miedo; y en verdad, antes se suicidaría que dar su brazo en favor del enemigo que lo hirió.

La herida fresca á la vista tiene, y no es de aquellos que acepten el beso de Judas para cooperar al fratricidio.

Es de los pocos que no circunscriben las fronteras de su patria á los límites del Istmo y que ve en todo hijo de Colombia un hermano, aunque leves arroyuelos formen divisiones entre cuna y cuna.

A pesar de ser tan querido en su suelo detesta cordialmente la egoísta parodia de *El Istmo para los istmeños*. Por su popularidad,

es y habría sido en aquella crisis una garantía incalculable para el Gobierno.

Por suerte no hubo necesidad de poner á prueba estos dos hombres que se distinguieron á la par de otros muchos que por circunstancias infortunadas permanecen olvidados siendo como son patriotas de acción y desinterés.

Pasemos al día 8.

DÍA 8 DE MARZO.

Dormía profundamente aquel sueño que ni el ruido exalta ni la conciencia altera, cuando una voz del apartamento vecino me hizo despertar.

Era el Alcalde que me llamaba.

Un ruido extraño semejante al de los cohetes chinos, en el día de su año nuevo, llamó mi atención. Púseme á meditar qué podía ser y no fué difícil llegar á la verdad, sobre todo, á la llamada del Coronel Jovane.

El Cuartel era atacado por los expedicionarios.

Habían logrado sorprendernos cuando menos lo esperábamos, á pesar de tantos avisos. Serían las cuatro y media de la mañana.

Estaba oscura como la boca de un lobo.

Primero se sintió una descarga graneada y luego la contestación; después varias descargas cerradas, contestadas por otras con arma más fuerte; en seguida esas últimas cesaban como si se apagasen ante el empuje de las primeras, que se sostenían en todo su vigor.

Cuando yo bajaba á la calle, para seguir al Alcalde, pasaban varios policías regando la voz que estábamos cortados y que el Cuartel estaba en poder del enemigo.

A la sazón los fuegos tornaban á languidecer y unas que otras descargas aisladas parecían como anunciar una lucha cuerpo á cuerpo entre el asaltante y el asaltado.

Veamos cómo habían penetrado los expedicionarios.

Un poco antes de la media noche se pusieron en marcha, después de haber libado una buena cantidad de ron, de la que sacaron regular provisión para el camino.

Oglivi, maniatado, iba por delante; detrás, con revólver en mano, iba un negro jamaicano á quien su Jefe dió orden de vigilar el preso y tirarlo á la menor señal de sobresalto ó tentativa de huír. Detrás iban los demas.

La luna, que yá se inclinaba á su ocaso, iluminaba confusamente esas siluetas que en línea irregular atravesaban un atajo pantanoso y desigual, interceptado por arbustos y sombreado por una selva agreste.

Garza avanzaba nervioso, preocupado.

A bordo del *Favor de Dios* había razonado con Pereira Castro y manifestado lo dudoso del éxito, atendido lo desigual del número y la calidad de la gente. No creía en lo ofrecido por los vocingleros de Bocas del Toro y temía que no todos los compañeros estuviesen igualmente templados para un ataque contra veteranos colombianos, de quienes tenía alta idea.

Castro, llevado de su imaginación ardiente, expuso razones más de brillo que de peso, pintó con exaltados colores lo que vale un hombre en un asalto inesperado cuando el enemigo duerme, y multiplicando á su antojo el valor de sus compañeros y la veracidad de las ofertas de los criollos de Bocas, el poeta triunfó del militar y la suerte se decidió.

Hubo también un motivo poderoso que obligara á Garza á avanzar á sabiendas de una catástrofe inevitable.

Conocían que yá el Gobierno de Costa-Rica enviaría en su seguimiento el *Braulio Carrillo* (que se les escapara de entre las manos por azar) y aun vieron el humo desde la caleta donde se ocultaban, y comprendieron que de retroceder ó esperar un día más á Guzmán todo era perdido. Además, á Garza se presentó este dilema: morir luchando ó morir entregado al Gobierno mejicano, si eran apresados del vaporcito. La resolución no fué dudosa y se declaró vencido ante la fantástica argumentación de Castro.

Avanzó osado, aunque taciturno, casi como el ajusticiado que sigue al patíbulo.

Lo que ellos verdaderamente respetaban eran los 50 veteranos.

De los policiales, como se vió luégo, ningún caso hacían, sabedores de que ese Cuerpo no es sino un almacigo de hombres de distintas nacionalidades, caracteres y principios unidos á un gobierno que ni estiman ni quieren, únicamente por el eslabón del hambre.

Sabían que entre éstos puede haber hombres de honor y de valor; pero que aislados no tienen mayor poder y aptitud para salvar un Cuartel de un asalto inesperado.

Igualmente conocían á fondo lo indefenso de la bahía, á pesar de poderse disponer de lanchitas remolcadoras, á propósito para la vigilancia de las entradas.

En carta despedazada que encontramos por la verja del Cementerio, de Castro á su señora, así lo manifestaba, interpretando injuriosamente esta decida del Gobierno por una insólita confianza.

El legendario guerrillero mejicano, resuelto al fin á hacer la última jugada con su vida, generalmente andaba solo y recorría las filas de sus principales compañeros hablando quedo.

Iba armado con un puñal, revólver y con carabina Winchester.

A las dos de la mañana llegaron á la colina de *Lenan*, desde donde se domina perfectamente el caserío de Bocas. Distaban yá dos millas y media del Cuartel.

Todo yacía en sepulcral silencio.

A estas mismas horas, Ortiz y el Teniente de Policía se retiraban á descansar casi convencidos de que por esa noche yá no había que temer. El Cuartel, encomendado al Oficial de guardia, Teniente López, continuaba abierto y completamente iluminado. Fuera de la guardia todos dormían en el alto del edificio. El silencio se interrumpía con las voces del centinela que recorría el número. Ningún ruido

distinto se apercibía, ni los perros, esos vigilantes leales y tenaces: hacía cuatro meses que habían dejado de existir con la primera peste de rabia que se desarrolló en ellos.

Todo parecía favorecer á los invasores, que contra su voluntad descansaban en la colina próxima, esperando que la luna suspendiese su tarea luminosa.

La luz les perjudicaba.

El tigre esperaba las tinieblas para echarse sobre su desprevenida presa.

Su imaginación se gozaba, excepto la de Garza, con un seguro triunfo; decían francamente que al día siguiente estarían comiendo jamón y bebiendo champaña.

No contaban con la invencible potestad de la Providencia, cuyo ojo vela aunque los soldados duerman!

Por vía de precaución se mandó una avanzada á recorrer el campo.

Para marchar de "Haul-Over" al Cuartel hay dos vías terrestres: una que recorre toda la playa del mar, y otra que se interna en un bosquecillo de palmeras, totumos y otros árboles, y pasa frente al templo metodista. La primera es peligrosa por lo descubierta; la otra, sombría, era para el fin la apropiada. Por ésta se decidieron.

Ambas se unen una cuadra abajo del Cuartel, en punto fronterero á la casa habitación del primer empleado de la Comarca.

Todo el trayecto lo recorrieron Campo, Echeverri y otro con la seguridad del turista en un soto de su propiedad.

En esta vez los policiales parece que se estaban relevando (¿?)

Los fantasmas sombríos regresaron á su cuartel general con la nueva más agradable.

Ya la luna se había ocultado. A la luz difusa que antes alumbraba la naturaleza, siguió una densa tiniebla impenetrable de cuerpo á cuerpo.

La oscuridad era perfecta. Era lo que esperaban para movilizar sus fuerzas.

Oglovi rompió la marcha seguido de su fantasma armado, dispuesto á volarle los sesos á la menor señal de alarma.

Poco después de pasar el istmo de Haul-Over se les unieron los dos de que hemos hablado, y uno de los cuales nos acompañó en el bote la noche antes; el mismo á quien yo le había preguntado si era adicto al Gobierno y que había contestado que sí; el ex-empleado de la isla de San-Andrés y ahora empleado en la Alcaldía.

¡Cuántos como éste hay que se nutren del Gobierno dispuestos á acribillarlo de balas en la primera oportunidad en cambio de la sangre que les da para ellos, para su mujer y para sus hijos!

Y lo peor de todo es que muchos de estos Efiultos tienen más prestigio ante el Gobierno y gozan de más estimación que los leales y sinceros servidores.

Irregularidad es ésta de la vida, de que no se puede acusar á nadie, ni con menos al Jefe del partido ó de la Nación, ¡porque hay tantos modos de engañar!

¡Fouché no se burló á su antojo del primer genio del siglo?

¡Tántas cartas melosas! ¡Tánta astucia refinada!

Verdad es que todo aquél que por orden superior llega á hacerse responsable de la felicidad de un pueblo, más merece piedad que el odio conque suelen corresponderle.

Como la bola del billar, es víctima de todos los golpes y blanco de todas las aspiraciones, sin que en cambio obtenga más que la fría sanción conque lo juzga la historia al fin ó después de sus días.

Puede un mandatario definir la política como un conjunto de principios para hacer la felicidad de los pueblos; puede esforzarse por llevar esta definición á la práctica de acuerdo con sus buenas intenciones; ¿pero cómo?

Solo es imposible.

Tiene que valerse de los hombres que lo rodean, de aquéllos que descuellan por sus luces, por su prestigio ó por su valor.

Cómo llevar á cabo ese plan, ¿si no todo el personal posee el desinterés y la buena fé de que aquél está lleno?

Ante todo, tiene que contar con el conjunto de los hombres que forman el criterio nacional; ¿y cómo dar cima á sus nobles fines, si ellos son los primeros en tratar de torcer ese criterio y levantar una muralla á cada paso que da el magistrado?

No sólo la cadavérica atonía de un pueblo hace tiranos.

Más terribles los engendra la desesperación dimanada de deliberada y procaz oposición.

La desesperación es mala consejera: abruma, asfixia, enloquece y precipita. El alma más mansa pierde la serenidad, el corazón mejor formado se subleva, y se resuelven al sacrificio de Sansón, oponiendo al odio ira, y á la fuerza, fuerza.

La dureza granítica del Simplón no puede vencerse sino con pólvora.

Enmendad vuestro personal, dicen los periodistas; cambiad vuestros subalternos, grita la oposición; pero, ¡ay! es tan difícil penetrar las conciencias, hoy, cuando la mayor parte han bebido en las fuentes del egoísmo y de la insidia.

Casi la totalidad de los políticos no se detiene á contemplar el pueblo para ver sus necesidades; y si lo hacen, vuelven con asco su mirada á un lado, porque llaman pueblo—no al conjunto de ciudadanos de un país—sino al mendigo asqueroso, al cínico bordelario, al mozo de cordel que ebrio de hambre y de dolor se arrastra por las calles con pesado fardo á cuestas para ganar un centavo!

A esta mínima parte llaman pueblo, y no se ocupan de élla, porque la desprecian!

Y en cuántos de estos cerebros infelices bullirán más grandes, más nobles, más trascendentales ideas que en las de esos enormes pulpos ó compuestos de estómago con ojos?

Es inmensa injusticia la de que de todo acuse al Jefe de la Nación. ¿Es acaso Dios para

verlo todo y proveerlo todo? ¿Tiene el dón de la ubicuidad?

Responsables de esto son los representantes de los pueblos, los señores congresistas, que en lugar de ocuparse de su deber, únicamente se acercan á la capital á dar cima, á sus deseos en cambio de un voto inconsciente y egoísta!

¡Cuántos de éstos conozco yo, que, como asquerosos moscardones, asedian, sofocan, aturden al primer Jefe para obtener un puesto lucrativo!

Tal es su único tema desde que toman los viáticos hasta la última sesión, en que no han despegado sus labios para defender una causa justa, ni han tomado la pluma para asentar una proposición tendente al bien general. ¡Y después tienen el valor de llamarse patriotas!

¡A cuántos he oído, en su viaje á la capital, pensar de mañana á noche, en lo sabroso de la cama de Bogotá, en los dulces, en las frutas, y ni una sola palabra, ni una sola, en proyectos que les den gloria y renombre!

Los pólipos no conocen estos hechizos de las águilas.

No os inquietéis, señores liberales, imaginando que al vapular de este modo, me dirijo únicamente á los congresos actuales; nó. He presenciado algunos cuerpos legisladores de vuestro período siendo muy joven y puedo aseguraros que lo que acontece hoy acontecía en aquellos tiempos con la sola diferencia que por desgracia ó suerte ya no tiene éxito la alfalfa. Por supuesto que siempre hay honrosas excepciones que sobresalen como el cedro en un campo de trigo.

El triunfo eleccionario casi siempre se ha inclinado al más influyente por sus recursos pecuniarios ó prestigio de familia y no á los más instruídos y bien intencionados. De ahí que el grupo de los *Padres Conscriptos* sea un conglomerado de ambiciosos sin talento, de gamonales sin instrucción, de patriotas sin patriotismo !

¡Qué páginas brillantes habría presentado de Amicis de haber descrito la ventrigrandilocuencia de nuestro Parlamento !

No serían por cierto tan seductoras como la pintura del español, tanto por lo castizo del lenguaje como por la brillante afluencia de los oradores.

¡Y qué patético cuadro haría del automático movimiento de sus aprobadoras manos, empecinadas en astillar los escritorios, en tanto que los ojos en desconcierto loco se clavan soñolientos en un papel y la boca ábrese bostezante, fastidiada de un mutismo interminable !

El Congreso de 1894 hará raya en nuestra historia por su faena demoledora.

¡Hubo lujo de tenaz oposición, de lo cual el país, esta Patria, diz que tan amada, sólo obtuviera este resultado: tinieblas !

Es que las ambiciones se han elevado desproporcionadamente sobre el conocimiento del yo: todo el mundo quiere ser Diputado, Representante ó Senador.

La mayor parte de los empleados subalternos hasta los Alcaldes, no bien toman el destino, se afanan porque sus hermanos, sus sobrinos, sus

hijos, sus nietos y hasta sus criados tengan la honra del asiento, aunque el asiento quede sin honra, pretextando que en aquél y en éste hay genio y patriotismo.

Y el primer jefe deja hacer, aunque contra su voluntad, porque si no cree á los suyos, ¿ á quiénes se entrega ?

¡ El engaño no se comprende sino cuando no hay remedio !

El engaño y el egoísmo han triunfado, y la bola del billar sigue á merced de los jugadores.

¡ Y cuando dan un mal golpe echan la culpa á la bola !

Sigamos á Garza en el breñal del Cementerio, tomando datos de sus dos últimos agregados.

Obtenidos á entera satisfacción, y á sabiendas del estado de la población, se encaminaron por el sombrío atajo que antes tomara la avanzada.

Los policiales que hacían servicio, al ver hombres armados y sospechosos del peligro personal que corrían al hacer su deber, como los reptiles montaraces dejaban el puesto y se ocultaban en los matojos, arrojando de sí garrote, casco, pito y todo cuanto pudiera condenarlos.

A algunos tomaron presos y de éstos no faltó quien dijera dirigiéndose á Pereira Castro, tomándolo por el General Ruiz: Yo soy de los mismos, General; ¿ no me conoce ?

Sí, éste es de los nuestros dijo otro, y por las mismas lo ayudó á despojarse de las cintas del vestido, placas etc., preguntándole para qué llevaba esa librea del siervo etc.

La Policía por lo visto no sufrió nada, y de cambiar Gobierno habrían continuado siendo los agentes del orden.

Moré no tuvo necesidad de sus pitos que á guisa de los cazadores llevaba para atraer las alimañas.

Al término de la vía oscura, en el entronque de los dos caminos, ya próximos al Cuartel, tuvieron consejo. Optaron por apoderarse de la primera autoridad política, y penetraron á la habitación donde yacía la esposa enferma.

No se encontraba allí.

Creyeron que podría hallarse en el Cuartel ó en la oficina del Juzgado, distante de él, unas tres cuadras. En tal faena perdían tiempo precioso.

En esta perplejidad resolvieron dar el ataque sin tardanza.

Serían las 4 de la mañana, y la oscuridad se prestaba á la maravilla.

Nadie podía divulgar su presencia.

Algunas criollas próximas al cementerio por donde habían pasado, vieron esas sombras fatídicas deslizarse entre las tinieblas de la mañana, y sin indagar quiénes fuesen, cerraron sus puertas y tornaron á sepultarse en sus alcobas.

Los policiales eran suyos; la esposa enferma, incapacitada para dar aviso del peligro. Sólo una casa de conducta *non sancta* estaba en todo acorde. Su dueña y colegas los habían recibido con los brazos abiertos y por este lado tampoco tenían nada que temer.

Allí hicieron la última libación.

Procedieron á situar las tropas: el ataque al Cuartel de Policía y al militar debía ser simultáneo.

Castro se encargó del primero, Garza del segundo.

El Cuartel de Policía debía ser tomado al primer disparo que se oyese en el otro.

Sin ser sentidos siquiera, pasaron por detrás de las casas fronteras al depósito de la tropa. Un grupo se situó á la derecha, en el alto de la casa *Finke*; otro completamente al frente, debajo del tambo de una casucha baja, y otro á la izquierda, á media cuadra, pero completamente dominando el Cuartel.

De este modo obstruían todo el paso por las dos boca-calles, é impedían cualquiera auxilio que pudiera llegar al Capitán. (1)

Garza previno á los suyos no hiciesen fuego hasta que él diera cuenta del centinela.

Efectivamente de tres saltos cruzó la angosta callejuela y descargó sobre aquel que acababa de recorrer el número, los cinco tiros de un revolver. Los cuatro le despedazaron la mano izquierda, y al quinto en el pecho, cayó exánime gritando *el enemigo!*

Con la elasticidad de la pantera, el asaltante volvió á los suyos que entonces hicieron una descarga cerrada sobre la guardia. Esta le

(1) Pudieron penetrar al fin con gran peligro el Teniente C., el vigilante y el Secretario del Alcalde. El policía Mora fué herido por los mismos, en la oscuridad.

—

contestó, y Garza recibió una herida en el muslo. De la guardia murió el Cabo y un soldado.

López, al primer disparo se levantó y asomó á la puerta preguntando qué era. Una bala Winchester le perforó el pulmón izquierdo bajo la clavícula y diciendo me han muerto, se retiró á su catre. Cinco minutos después era cadáver. El Capitán le cubrió la cara con una sábana y continuó la lucha.

El centinela fué repuesto y casi acto continuo muerto, para que otro lo reemplazase, lo que por algunos minutos se demoró hasta que un valeroso negrito con toda la resignación del mártir y del héroe dijo: aquí estoy yo. Sufrió dos heridas, mas no murió.

Garza, acompañado de varios de los principales volvió al ataque, llegando hasta el mismo cuartel.

Pero el Sargento Caro ya estaba dando armas á los de arriba y éstos descendían por los pilares de atrás ó tirándose por el balcón á hacer frente al enemigo.

No podían bajar por la escalera, que daba al frente, porque los fuegos lo impedían. El primer soldado que lo intentó, fué herido en el tobillo.

Aquí principió el combate casi cuerpo á cuerpo.

Los soldados peleaban en franela, con entusiasmo, con bizarría, poseídos de la más alta idea del deber. Su propulsor era su genio y sus virtudes militares.

Garza saltaba de un punto á otro animando

á los suyos y dando gritos de VIVA EL GENERAL RUIZ, consabida consigna para que se unieran los radicales del pueblo.

Los fuegos de la derecha, del centro y de la izquierda del enemigo se mantenían firmes.

Mientras tanto, Pereira Castro rendía con sólo un tiro arrojado al aire los cuatro policiales que custodiaban los presos. Con los mismos rifles de aquéllos se armaron éstos y el asedio al cuartel se puso en regla.

Mas en regla ya estaba también su defensa.

Lo primero que se hizo fué apagar á balazos la traidora luz que los vendía, en seguida se colocaron seis soldados debajo del tambo á la entrada para hacer fuego únicamente á los que de nuevo intentaren asaltarlo.

Esto no se repitió.

A lado y lado del edificio se situaron en las ventanas bajas tiradores con orden de tirar sobre los fogonazos.

Garza acababa de dar unos golpes al negrito centinela de Oglivi para obligarlo á la pelea, cuando lo vió herido en un pie. — Por qué no peleas, ¿estás herido? — Sí, señor, le contestó.

Una bala vino á chocar en el puñal de aquél Jefe, haciéndolo cuatro pedazos.

— ¿Está herido General? Le preguntó uno.

— No es nada, contestó, y viendo que todos los suyos tiraban muy alto, lanzó esta exclamación en inglés.

This brut shot too high!

Dió tres ó cuatro vueltas animando los suyos con esa asombrosa agilidad que lo caracterizaba

semejante al gato en cacería, y siempre haciendo fuego, cuando dos disparos casi simultáneos salidos de las ventanas lo hirieron de muerte.

Lanza un bramido, acompañado de una imprecación, da un rebote sobre el suelo como si pretendiera lanzarse al espacio y cae con los puños crispados y arrojando dos borbollones de sangre del pecho y del vientre pasados de parte á parte. La agonía fué corta.

La lucha aún continúa tenaz porque casi ninguno se ha enterado de la muerte del Jefe, aunque hacen falta sus voces de ánimo y su empuje personal; pero si de los expedicionarios ya no asaltantes, se mantiene nutrido el fuego, del cuartel salen pocos tiros y muy mesurados, como si la agonía tocase á su término ó si faltaren municiones (1).

(1) Fué entonces cuando se regó la voz de que se habían tomado el Cuartel.

En tan angustiada situación, ¿ qué hacer ?

Mandé á mi Cabo para que viese si en la bahía aún estaba algún vapor en dónde recoger las reliquias, de acuerdo con la carta de Guerrero. Volvió á decirme que la bahía estaba sola.

Como hemos dicho, el *Tyr* salió cuando nosotros regresábamos de la exploración en el bote, y el único que quedaba era el *Jarl*; había partido á la Laguna á las 3 de la mañana. La bahía estaba completamente solitaria. La *Atlanta* podía ser un punto de refugio, pero estaba tan afuera, tan lejos, que en el trayecto podrían alcanzar y deshacer á los fugitivos.

Para salvar no quedaba más recurso que vencer, y la Providencia se encargó de resolver el problema á nues-

Es que los soldados, todos los sobrevivientes, están resueltos á defenderse desesperadamente y á no desperdiciar una cápsula. Sólo tiran sobre seguro, al fogonazo.

Ya son las cinco de la mañana. Media hora larga de pelea no ha producido más efecto en los soldados que enardecerlos.

Ahí está Mostacilla, el bravo Mostacilla, primer Corneta que invita al Capitán á que toquen una diana en señal de triunfo.

Suena poderosa la corneta, con esos tonos sonoros y alegres que imitan tan bien el canto del gallo vencedor en el combate; sigue sonando con trasporte, con ese mágico entusiasmo de la victoria; pero una bala dirigida al blanco apaga su soplo y el valiente Mostacilla cae sin vida en medio del cuartel.

Ya, á media luz, cuando el día, como alma tibia medio enamorada que quiere y teme dar al amante un soplo de esperanza, el Capitán resolvió enviar guerrillas que atacasen directamente los tres puntos de donde hacían mortífero fuego.

Del grupo central, debajo del tambo, sale una lluvia de balas, un fuego implacable, desesperado. Parece una metralladora, tal es la destreza con que el soldado maneja su Winchester.

tro favor, valiéndose del error de Garza al dar el asalto con arma de fuego desde el principio, en vez de hacerlo con arma blanca como lo hiciera nuestro General Jasinto Córdoba, el gran maestro en esta clase de guerra.

A él se dirige una de las guerrillas.

Poco después el indio infeliz, un nicaragüense, valiente valientísimo, sintiéndose rasgadas las entrañas á lo largo del pecho y vientre, se arrastraba hacia el patio de la casucha. No alcanzó á levantarse (1) porque le faltó la vida.

Del grupo izquierdo, también en el tambo de la botica del doctor. G., el fuego se sostiene y daña, aunque no es tan tenaz y temible como el anterior.

Allí está un americano, presunto Capitán de artillería, acompañado de otros dos que hacen fuego aunque con flojedad. No bien se siente herido en una pierna, se retira.

No queda más que la casa Finke en donde están los dos que salieron á encontrarse con los expedicionarios y otros de estos. Presos Echeverry y Campo no fué difícil rendirlos y tomarlos sin alguna dificultad.

De éstos pudieron escapar dos: un hondureño y un nicaragüense.

Una guerrilla se puso en su seguimiento. A la voz de rendición contestaban con fuego.

Mas Pereira Castro, tiene un átomo de esperanza no obstante ver á Garza muerto y á sus compañeros presos ó muertos también.

Todavía tiene vida y considera que aún puede triunfar con los que le restan llenando de

(1) Los que peleaban debajo de los tambos no podían estar sino tendidos de pecho.

pavor el Cuartel ante la amenaza de un incendio inmediato. (1)

Toma uno de los policiales semi-presos, le hace traer del depósito una caja de petróleo y le ordena arrojarlo contra la pared de madera de una de las casas inmediatas.

Se aplica el fósforo, ahuma la tabla mas no arde.

Alumbra todavía con lánguidos resplandores la lámpara de la casa de Wilson. Lánzase sobre élla, la despedaza, arranca la mecha y torna á obligar al policía á que raspe un fósforo.

—No tengo fósforos, señor, dice aquél amedrentado.

—Aquí hay, contesta dándole la caja que antes había servido.

El preso la toma tímidamente, lo va á aplicar á la mecha, tiembla.

—Enciéndete, torna á decir Castro, amenazándolo con su arma.

El infeliz se decide; al fin puede más el amor á la vida y raspa otro fósforo; pero en el mismo momento una bala tocándole á Castro hígado y pulmón, lo atravieza dejándolo muerto instantáneamente. Tres ayes alcanzó á dar tenuemente y se apagó su aliento.

Al ver esto el preso, sin esperar nueva suerte, lanzando lejos fósforos y mecha se puso en polvorosa.

(1) Encontróse debajo de una cocina un rollo de mecha para dinamita. Parece que olvidaran los cartuchos pues no se vieron. Quizá alguno los guardó, para su uso, en el monte donde los dejaran.

Como á Castro muy pocos lo conocían y menos los policiales que eran nuevos, todos lo creían el General Ruiz y de ese modo lo llamaban en las tinieblas de la madrugada.

Donde cayó permaneció hasta que se enterraron. Cerca estaba la lata de petróleo que iba á consumir ese caserío que apenas principia su vida de progreso.

Como es este un punto de muchísima importancia, aunque está sentada la tesis que en guerra todo es lícito con tal de obtener el triunfo, propusimos el Capitán, el señor V., el Secretario y yo al Alcalde que inmediatamente se tomasen declaraciones sobre el hecho. Podían declarar además del policial preso, el policía Mora que al querer penetrar al cuartel á cumplir su deber, fué herido en las dos rótulas.

Testigo de alta importancia era este y cuya declaración podía perderse si la muerte, como sucedió, lo acometía de un momento á otro. También declararían una mujercita á quien pidieran petróleo, antes de encontrar el depósito del Gobierno, y un turco, inquilino del departamento que se iba á incendiar, quien al través de la tabla oyó claramente las voces de mando, las amenazas y por último los gemidos del que amaneció cadáver.

Mas el Alcalde se resistió diciendo que él no haría tal sin orden especial.

Se perdieron, por entonces, tan buenas declaraciones y un hecho tan marcado, tan claro y tan verídico se dejó á la discreción de los que por espíritu de pasión quisiesen desvirtuarlo y hasta negarlo.

Tres meses después todavía no había yerba donde se derramó el aceite y aún estaban los conos ahumados, formados por el fósforo rebelde.

Muerto Castro la dispersión fué completa (1).

Los dos últimos que se resistieron á rendirse, perecieron. Uno de ellos cayó en la calle, frente al lupanar, y el otro recibió la herida matemáticamente en todo el centro del entrecejo al lanzarse al mar.

Durante la retirada de estos dos, uno de los proyectiles lanzados por los veteranos fué á tocar aquella casa hospitalaria donde fueran tan bien acogidos á su entrada, é hirió una de las víctimas sociales. (2)

Una vez terminada la lucha, salió la dueña y por señas y medias palabras hizo saber al Capitán Ortiz, que allí estaban ocultos Moré y otro. Aquél, verdaderamente, había prestado muy poca parte activa por hallarse enfermo. Al volver en sí, se entregó al Corneta, que lo llevó al Cuartel.

Sólo 4 pudieron escapar, contando con el americano artillero, quien fué á sucumbir, á consecuencia de la herida, en las playas desiertas de Costa-Rica.

(1) De los 30 que entraron en acción sólo 7 eran colombianos; los 23 restantes, principiando por el Jefe, Garza, eran extranjeros.

(2) Hubo 5 heridos de los particulares durante el combate, pero ninguno murió.

Ellos tuvieron cinco muertos y tres heridos. Nosotros nueve muertos y como cinco heridos. De estos últimos, de una y otra parte, murieron algunos más tarde.

A las 8 de la mañana todo había pasado.

Inmediatamente se procedió á poner una lancha á vapor, que facilitó gratis la casa Wilson, para capturar el *Favor de Dios*, las armas y los fugitivos.

Fué á esta comisión el Teniente de Policía con 8 soldados.

Después se procedió á dar parte al General Gaitán, que se hallaba aún en David, esperando al verdadero General Ruiz. (1)

Allá se dijo una misa solemne por las almas de López y demás héroes muertos en el asalta y se festejó el triunfo con iluminación general y fuegos artificiales.

(1) Cuando el Capitán Ortiz y yo nos encontrábamos redactando el parte de guerra para el General Gaitán, se presentó el señor Jované con una nota en la mano, procedente del Concejo municipal.

—Ahora sí ofrecen sus servicios porque se ven perdidos, dijo con maliciosa sonrisa; á pesar de mis instancias, no daban providencias generosas.

¡ Lo que vale el triunfo ! exclamó después, leyendo la nota.

Con razón tachó la aleve inercia del Concejo, ó lo que diera lo mismo, de su Presidente. Estaban al corriente de todas las maquinaciones del enemigo y hacían con él causa común.

El Tesoro municipal, ya á disposición del Gobierno, sin duda se tenía preparado para los invasores.

Bien hizo el General Gaitán en hacer pábulo de este triunfo, pequeño en apariencia, pero grande por sus resultados.

Si hubiesen triunfado, según el plan de Garza, habrían intentado tomarse un vapor frutero que los condujese á Barranquilla á aunarse con los que precipitadamente se alzaron en Baranoa. (3)

No contaban conque la *Atlanta* se pondría con sus cañones á la entrada de la bahía y que los podría capturar irremisiblemente.

(3) El señor Avelino Rosas en su folleto, monumento levantado tanto para halagar su amor propio como para zaherir al señor Caro, General Crepo y doctor Iglesias por no haberse dejado vencer de su irresistible ascendiente, dice que Garza debería tocar en Riohacha. De los papeles encontrados á aquel Jefe mejicano y á Castro nada de ello se desprende. Los acontecimientos posteriores demostraron que irían á Barranquilla á unirse á los que prematuramente lidiaron en Baranoa.

Tuve ocasión de hablar detenidamente con los Coroneles G., primos, uno de los cuales pasó á Barranquilla, en donde fué aprehendido, y nunca me dieron á entender que Garza y Pereira Castro obrasen bajo la dirección del señor Rosas, ni menos que lo reconociesen por Jefe.

¿Cómo se entiende de un caudillo sin prosélitos?

En esta aventurada revuelta pasó como en la conquista: cada cual obraba por sí y ante sí bajo la égida de la fortuna y de la ley del fuerte. Los resultados deberían encargarse de aclarar la posición de cada cual, según sus hazañas.

Este golpe temerario nunca lo habrían dado ante la imposibilidad material de vencer á un enemigo tan poderoso.

Habrían cambiado de dictamen.

Hechos á muchos recursos, que fácilmente obtuvieran en el lugar: armas, dinero y hombres, se habrían lanzado al interior y lo habrían sublevado, haciéndose fuertes en esos puntos, tan poblados y llenos de adversarios al Gobierno.

Al fin habrían sucumbido, pero después de trastornar todo ese Departamento; después de mucha sangre, muchas fatigas y grandes gastos.

De modo que tan pequeña victoria significa mucho, porque ahorró todo aquel cúmulo de amarguras para los pueblos, y angustias para el Gobierno y los amigos. El triunfo de ellos habría sido para nosotros una muerte inevitable, unas vísperas sicilianas.

Garza tal vez nó; ¡pero él habría podido restringir á sus tenientes, principalmente á los agregados en el pueblo, la satisfacción de sus odios personales?

El degüello habría sido general.

¡Tántos son los odios con que en esos pueblos carga todo aquél que tiene la sinceridad de manifestar sus opiniones contrarias á su modo de ser y de pensar; y de cumplir su deber!

¡Y se llaman liberales!

Parece un sarcasmo esta denominación en gentes tan fanáticas é intolerantes.

A las cuatro de la tarde dió el Sr. Selles sepultura á todos los cadáveres.

En una fosa profunda se inhumaron Garza Castro y los tres compañeros; y en sendas, el Teniente López y los demás mártires del heroísmo y del deber.

A las cinco regresó la lancha *Chiriquí* con el *Favor de Dios* á remolque y con los rifles depositados en "Flat-Rock." Sin gran trabajo comprendimos que estas armas eran de las mismas que habían servido en Bluefield en su defensa contra el Gobierno de Nicaragua, es decir, que habían sido de esta República. Supimos también que Cabezas, Gobernador de la Provincia Mosquitia, había sido el intermediario auxiliador de los expedicionarios contra Colombia. En la culata de los remingtons estaba un papel con la marca del Gobierno aquél. También se tomó una corneta pero inutilizada.

Únicamente tenían tres carabinas Winchester nuevas compradas con el dinero del mismopaís.

Tal era el depósito que tan infructuosamente se buscó; muy lejos estaba, en "Cahuita" donde hicieron el trasbordo llenos de zozobra, temerosos de que el *Braulio Carrillo*, que no habían podido tomar, como esperaban, se les fuera encima y los aprehendiese.

Los 4 fugitivos, al ver la columna de humo de la lanchita *Chiriquí*, ya embarcados en el bote infortunado y desfavorecido de Dios, á todo trapo siguieron á la orilla opuesta á tomar tierra firme. La brisa los favoreció y el hecho de haber dispuesto el Teniente apoderarse primero de las armas.

Emprendieron la persecución cuando aquellos ya tocaban la ansiada orilla.

No obstante ésto, los tristes tuvieron que lanzarse á nado dejando á bordo su respectiva arma.

Contaban más tarde que el pobre Capitán y dueño iba llorando por el camino y cuando lo consolaban diciéndole que había escapado con vida, replicaba en tono congojoso: “sí, he escapado con vida, pero he perdido mi bote y los 50 pesos que esos pícaros me ofrecieron.”

El artillero iba derramando sangre por todo el camino y al fin murió como yá dijimos.

Para terminar este relato añadiremos que un lindo cuadro de damas, de lo mejor de esa población salió al día siguiente á pedir limosna para el hospital de sangre, que eran muchos los heridos y grandes las necesidades para nutrirlos y curarlos.

Todo el comercio se mostró generoso, los médicos activos y voluntarios, y las jóvenes, esposas ó hermanas de conservadores, como el grupo de la caridad, pudieron ofrecer un algo para mitigar las penas de aquellos infortunados héroes.

GARZA Y CASTRO.

Tángo han escrito los periódicos norte-americanos, sobre el individuo moral de Garza, y de tan vario modo ha sido juzgado por tirios y troyanos, que, al dar uno su fallo, se ve perplejo en un laberinto de apreciaciones.

Hijo de madre norte-americana y de padre mejicano, hablaba con propiedad inglés y español, de tal modo que en sus correrías por las llanuras de Nuevo Méjico y Estados vecinos, era americano; y de pasar el Río Grande, era mejicano en su modo de ser y de expresarse.

Entregado desde joven á esa vida aventurera á que invitan esas soledades de los Estados del Sur, lleno de una imaginación traviesa y de ese valor peculiar que lo distinguió toda su vida, pronto cayó en cuenta de que sus dotes morales lo invitaban á otro campo más alto que la vida de nómada, y se hizo político guerrillero. Pretexto no le faltaría.

En este país, como en todos los formados por la raza latina, no faltan pecados veniales, es decir, coyunturas en que se apoyen los pretendientes. La declaración de guerra se llama *patriotismo*.

¿Quién no conoce este vocablo, aunque no lo use correctamente?

Lanzóse, pues, en el camino de aventuras políticas y se declaró enemigo del General Porfirio Díaz.

Su alto porte gallardo, su mirada imanada como la del gato al seducir su presa, su palabra varonil y bien cortada le daban, á la par de su valor bien probado, ese no sé qué romántico y caballeresco que se lee continuamente en las novelas de Walter Scot.

La multitud no necesita más, y una grande lo siguió en el camino de sus aventuras.

El General Porfirio Díaz, pasaba largas no-

ches de insomnio con este pretendiente tenaz y recurrió á los tratados con los norte-americanos.

Fuerzas lo asediaron de lado y lado, lo sofocaban, lo despedazaban y hasta lo derrotaban; pero cuando menos se imaginaba este ó aquel campamento, Garza estaba encima con su indómito valor y los ponía en vergonzosa fuga después de tomarles lanchas y armas.

Llegó á ser un fantasma para los Jefes encargados de aniquilarlo.

Pero era imposible sostener lucha tan desigual, y acompañado de unos pocos audaces aventureros como él, dejó las márgenes de Río Grande y se vino á Centro-América. Su cabeza se puso á precio por uno y otro Gobierno.

No fué muy bien visto al principio de su paseo por esas pequeñas Repúblicas; un león en una finca rural no es huésped halagüeño.

Al fin vino á Costa Rica, en donde gracias á la amistad con varios individuos bien aceptados, entre ellos Maceo, pudo obtener una colocación que después perdió ó dejó para entregarse á transacciones particulares.

Fué en este entonces cuando tuvo relaciones con Castro y otros, con quienes, por semejanza de carácter, pronto simpatizó hasta formar causa común.

El Gobierno de Costa Rica, sabedor de que se conspiraba, aunque sin conocer contra quién, dió orden de vigilarlo.

Para poder unirse á sus nuevos compañeros, en Bluefield, tuvo que disfrazarse de carbonero, y tiznado y descalzo salir á media noche á to-

mar en Puerto-Limón bote que lo condujera al paraje de la cita.

Ya en Bluefield estaba libre y al amparo de individuos gratuitamente hostiles á Colombia.

Allá obtuvieron recursos y se lanzaron temerariamente á la buena ventura en un bote casi desmantelado.

Su intento fué también adherirse á Maceo para seguir á pelear por Cuba.

¡Cuán mejor lo hubiera hecho, muriendo en las filas de los mártires de la libertad, cooperando á formar patria, y no venir á sucumbir en la legión de los que por propender á una guerra de ambiciones locas no pueden llamarse más que liberticidas!

Su valor y sus partes personales eran dignas de inmolarse en aras de una noble y grande causa.

No era, en mi concepto, el bandido vulgar que nos retratan los norte-americanos. Para juzgar á los hombres es necesario desprenderse de la pasión que pudiera embargar el criterio; es necesario detenerse en cada uno y en todos los rasgos de su vida. Este hombre tenía un espíritu caballeresco marcado.

De nacer en el medioeval habría sido uno de los caballeros de Francisco I ó de Carlos V; en nuestro tiempo sólo se le puede calificar de aventurero, y un tál no es un bandido.

Era generoso con el débil, y lo probó cuando Campo amenazó al infeliz Oglovi.

—No hay necesidad de esa sangre, le dijo, y aquél se salvó.

Quando optaron, al pie de la Escuela de niñas, por recurrir a lincendio, y después iban á ponerlo en planta, se opuso diciendo: “con fuego nó; con fuego nó; venzamos por medios lícitos.”

Era un aventurero por el estilo de Pizarro, Drake y Cortés. La suerte le fué contraria y no obtuvo ni el imperio del primero, ni la corona del segundo, ni el desengaño del tercero.

¡La ingratitud también suele ser premio en manos de los poderosos!

Vivió como un león y como tál sucumbió. Tendría unos 40 años.

Aun después de muerto inspiraba respeto.

La rigidez cadavérica le conservaba los músculos como al tiempo de morir.

Mirada fija y penetrante, frente despejada y de notable hermosura y sus manos recogidas como el gladiador en actitud de combate.

Tanto él como Castro vestían una camisa negra de lana. Sus pantalones arremangados y enlodados como los zapatos, manifestaban su lucha con el fango del camino.

Sobre el pecho y cerca de la herida principal tenía dos copias fotográficas de su querida, y un paquete de cartas amorosas.

Esto se tomó, se examinó y se envió al Gobernador de Panamá.

El reloj, recogido por el Teniente de Policía, fué también entregado á aquel mismo alto empleado.

*
* *

Existe una región bellísima en el país fantástico del loto, que baña el Indo y santifica el Ganges.

Sus márgenes, continuamente regadas y arrulladas por riachuelos y por las ondas de la mar, son verdes como las esmeraldas.

Sus sotos, limpios y bellamente sombreados por una vegetación frondosa, invitan á deslizarse y permanecer mil eternidades en ese país de los ensueños.

Sus colinas, ligeramente onduladas, que ni cansan ni fastidian, están pobladas de flores de varias formas y de multiplicados colores que atraen y dominan. Los frutos de los árboles, de aromas exquisitos, de incitantes formas, convidan con el poder del imán á probar su almibarado jugo.

Bellas son las flores con sus múltiples matices; regaladas las frutas con sus voluptuosos aromas.

Pero ni las almas puras ni los espíritus venturosos de los héroes osan acercarse á ese país encantado, temerosos de que el perfume de la flor ó el jugo de la fruta contamine la pureza de su inmortalidad.

¿No habéis oído hablar de esa tierra feliz y desgraciada juntamente?

Parecida es á Colombia.

Fecunda por demás, ubérrima, álzanse, desarróllanse sus productos hasta formar una agreste, salvaje y enmarañada selva, de impenetrable oscuridad, como la del Dante.

Ha faltado en esta selva humana la mano del hortelano que sistematice las creencias; ha faltado la instrucción moral que purifique las ideas y aclare las doctrinas.

La abundosidad de nuestros hombres fascina

al viajero pero lo intimida al mismo tiempo. La oscuridad causa pavor; élla no puede ser más que el manto del delito consciente ó inconsciente.

Valor, talento, instrucción se encuentran en sus hijos; mas éstos, desde su tierna infancia, nutridos con lecturas candentes, forman sus ideas en un mundo fantástico y se lanzan á la aventura en pos de ese paraíso que nunca pudo existir, constituídos en paladines de una libertad mal entendida.

No os acerquéis á ellos, porque al hablaros de amor á la Patria ó de libertad, os las pintarán distintas, según su situación y humor, de tal modo que os harán reír, temblar ó llorar.

Y no os podréis resistir al ímpetu galvánico de su arrebatadora palabra.

Con la impostura de Pisistrato y con las liviandades de Alcibíades os divertirán, pintándoos el genio aventurero en la cumbre del poder: la libertad y patria, como juguetes en manos de los niños, os arrullarán sin que os percibáis del ponzoñoso encanto de la falacia.

Pero que os traten de aquel hombre grande, de aquel genio reorganizador de un pueblo corrompido, y súbitamente os harán ceñir el entrecejo y con el alma y con el ademán acompañaréis á Bruto en el asesinato de César al pie de la estatua de Pompeyo.

Os dirán que la vida de un hombre vale infinitamente menos que la libertad de un pueblo, y en nombre de ella gritaréis, como hechizados, vivas á la libertad, y santificaréis, sin desearlo, el parricidio.

¿Y qué os diré si se les antoja recorrer renglón por renglón las páginas de la Revolución Francesa, que tantos espíritus débiles ha extraviado?

Con Mirabeau, batiréis palmas; con Dantón, desafiareis pueblos; con Robespierre, desquiciareis antigüedades, y con Marat, os transformareis en sanguinarias fieras, porque éso, éso diz que es necesario á la libertad!

Y vuestra mente, extraviada, confundida, hipnotizada, seguirá la voz del que os predica, sin valor de vacilar, y hará de vosotros otros tantos fanáticos de la libertad, como aquellos que ahora siglos poblaban las cumbres de la Armenia.

El Viejo de la Montaña ya murió pero sus discípulos quedan.

Sus doctrinas son las mismas en el fondo: sólo ha variado la forma con la fuerza de los siglos.

Os harán ver en cada benefactor un tirano, y en cada libertino un genio.

A esta escuela pertenecía Pereira Castro.

Su palabra, su instrucción, su valor, todo tendía á hacer de él un héroe montado á la romana ó á la francesa. Catilina lo habría llamado hermano; Orsini padre. Poeta en el fondo, se dejaba llevar de su imaginación y tras él seguían todos aquellos que aspiraban su aroma.

Muchos como él andan de país en país dando quejas al aire y llorando por su imaginaria patria, porque ellos, en realidad, no la tienen bajo el cielo: su patria está en su imaginación, formada á sus antojos. Pertenecía á la escuela

de aquellos que, suponiendo el universo un completo desierto, un caos, tratarían de crear, de edificar algo para tener el placer de destruirlo después sin remordimiento ninguno.

No hay ciudad que les guste, no hay patria que les cuadre, no hay gobierno que les acomode, y si á ellos se les encomendase la construcción de una carta fundamental les pasaría como á Penélope: trabajarían y destruirían, sin dejar nada en el fondo.

Los intervalos entre una y otra transición se marcarían con un reguero de sangre.

Cada reforma constitucional, una hecatombe; cada Constitución, una catástrofe.

De lamentarse fué la muerte de Castro, como la de todos aquellos jóvenes inteligentes y valerosos, que, con su extravismo, llegan á formar lo que podría llamarse elementos de la Homeopatía social y política.

Llega un momento en que se nota su utilidad vital, y entonces, con su espíritu tumultuario arrastran á las multitudes á sacrificarse en aras de la Patria, aunque después de viajar en globo, como Gambetta, la reacción sea terrible.

Pero ante hechos cumplidos la historia no tiene más que dictar su inapelable fallo.

El genio, el talento, los vicios y errores de los hombres pasan con ellos; los pueblos son los únicos inmortales. A ellos es á quienes toca enmendar las faltas y copiar las virtudes para su propia dicha.

Modelo 16

e.5 Res

972.872879 Velasco, Donald
V231

Asalto de Bocas del Toro,
por el Gral Catarino E. Garza.

El Ultimo Firmante Responde por Este Libro

| No | Prestado | | Firma del Lector |
|----|----------|---|------------------|
| | | 1 | |
| | | 2 | |
| | | 3 | |
| | | 4 | |

Edit. Educativa

Modelo 12

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA

e.5 Res

